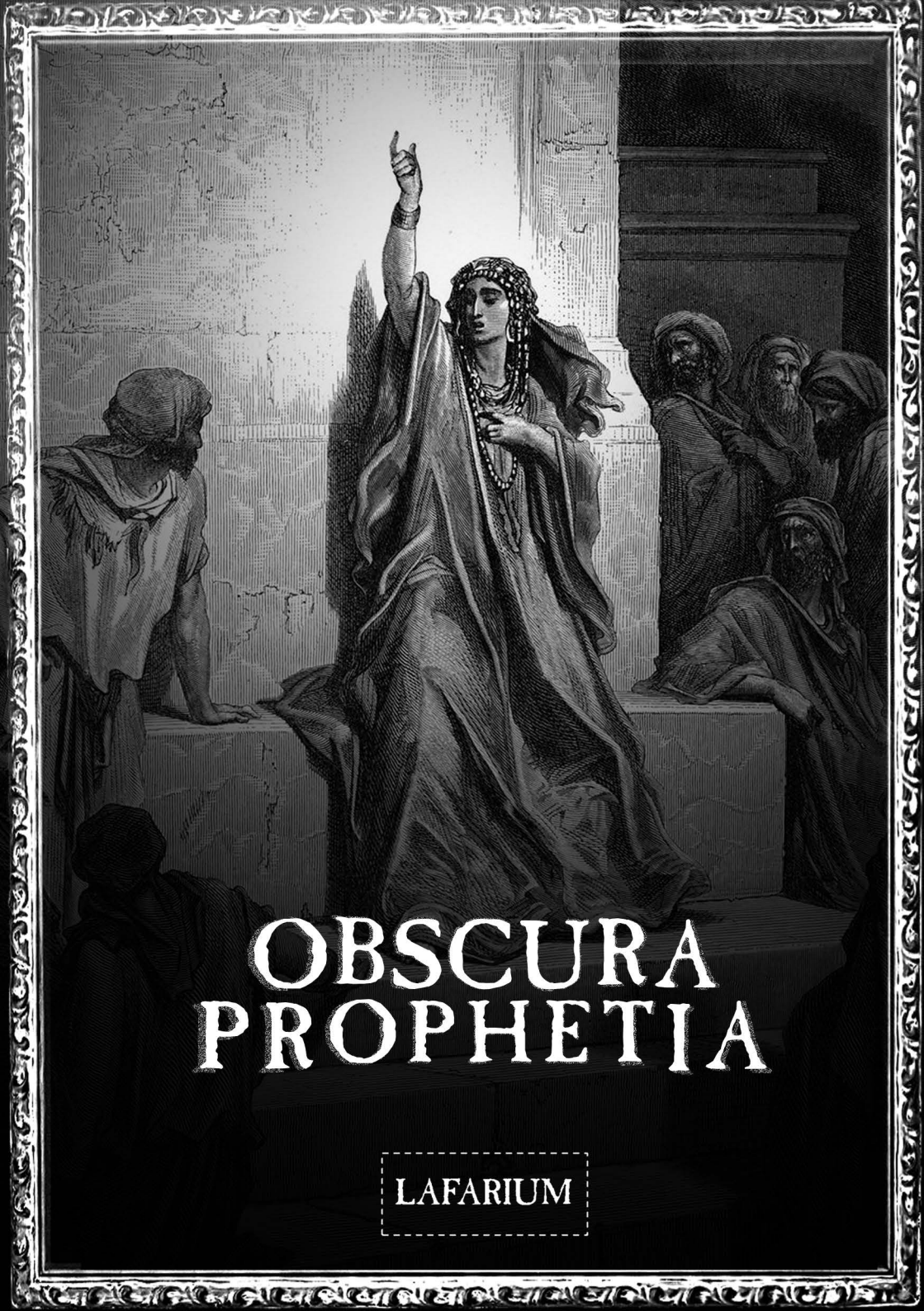


OBSCURA PROPHETIA

LAFARIUM

OBSCURA PROPHETIA

Edición y selección a cargo de
Pabluchi García

LAFARIUM

García, Pablo Daniel
Obscura Prophetia / Pablo Daniel García. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial Lafarium, 2025.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-91156-0-4

1. Literatura Argentina. 2. Esoterismo. I. Título.
CDD A860

Ilustración de tapa: Gustave Doré (*The Prophetess Deborah*)
Ilustración de contratapa: J. Romne Wellcome (*Two women consulting a fortune-teller*)

© 2025 de los textos, sus respectivos/a autores/as
© 2025 de la presente edición Editorial Lafarium

Edición y selección a cargo de Pabluchi García

ISBN 978-631-91156-0-4

Todos los derechos reservados
Publicado bajo el sello Editorial Lafarium
Director Editorial: Diego Arandojo
Contacto: lafarium@gmail.com
Web: www.lafarium.com.ar

1° edición: mayo de 2025

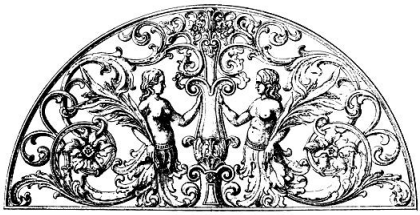
Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en Argentina

Los derechos de las ilustraciones y fotografías aquí incluidas corresponden a sus respectivos autores, siendo utilizadas solo a efectos de ilustrar la investigación.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

ÍNDICE

Prólogo.....**7**
Procesión y sombra (Diego Garcés).....**9**
La gente tendría que saber (Fernando Rojas).....**15**
Nechung (AyiTurzi).....**21**
La dama del telar (Adriano Duarte).....**27**
El oráculo (Marcelo Gobbo).....**31**
Tique (Eva Nenning).....**39**
El valiente (Nicolás Taramasco).....**45**
47 (Antonio Scappini).....**51**
Los caños (Naoto Nakasone).....**57**
La yuyera del alba (Rosalía Montenegro).....**63**
Final (Grendel Bellarousse).....**67**
Sombras y cenizas (Colifato Ilustrado).....**73**
La profecía del mago (David Saade).....**77**
La ciegave (Gabriel Juárez).....**81**
Rocío (Sacha González).....**87**
Unidad de agitadores especiales (César Zarrabeitia).....**93**
Café (Vanesa O'Toole).....**99**
La palabra está escrita en las tripas (Pabluchi García).....**105**



PRÓLOGO

Profetizar fue, desde siempre, un acto de poder y de miedo, una tentativa por nombrar lo innombrable: el porvenir. Las profecías fueron palabras de divinidad, la lectura de los astros y la paranoia del presente proyectándose hacia el abismo de lo incierto. En *Obscura Prophetia*, esta pulsión milenaria encuentra nuevas formas: cuentos que reverberan con ecos del fin del mundo, visiones fragmentadas, augurios íntimos y delirios colectivos. Esta antología no busca predecir el futuro, sino preguntarse qué nos revela el deseo o la necesidad de hacerlo. ¿Qué tememos cuando imaginamos lo que viene? ¿A qué le rezamos cuando todo parece a punto de colapsar? Los textos aquí reunidos ofrecen respuestas diversas, muchas veces contradictorias. Algunos se sumergen en paisajes oníricos o distópicos; otros, en lo cotidiano siendo trastocado. En cada caso, la profecía es una fisura: una grieta en el tiempo, una posibilidad que se cuela entre lo real y lo fantástico. La diversidad de géneros enriquece los textos, desde lo ominoso hasta lo terrenal. Están a punto de entrar en un horizonte de eventos y cuando pasen ese límite serán absorbidos por un agujero negro del que les será imposible salir.

Los autores y autoras de esta colección provienen de geografías, generaciones y estilos distintos. Ya lo saben, me gusta apostar por una literatura

federal. Su pluralidad es una de las fuerzas del libro. Desde cuentos en clave de ciencia ficción o terror hasta relatos de corte intimista o surrealista, *Obscura Prophetia* se construye como un caleidoscopio narrativo. Cada texto es una caja cerrada que, al abrirse, emite una vibración: a veces un murmullo, otras un grito. La profecía, aquí, no es certeza sino vértigo. No ilumina el camino: lo vuelve más espeso, más ambiguo. Y es en esa ambigüedad donde la literatura encuentra su potencia. Leer este libro es dejarse arrastrar por lo incierto. Es aceptar que, quizás, lo que nos anticipa no viene de afuera, sino de adentro: de nuestros temores, nuestras esperanzas, nuestras contradicciones. Que las profecías, al fin y al cabo, no hablan del futuro: hablan de nosotros.

Agradezco a Editorial Lafarium y a Diego Arandojo por darme la oportunidad de reunir estas voces nacionales y latinoamericanas que, por suerte, son cada vez más escuchadas.

Pabluchi García

PROCESIÓN Y SOMBRA

Por Diego Garcés

¿Estás seguro de esto? Claro que estoy seguro ¿qué pregunta es esa? ¿Por qué no podemos mirar hacia arriba? Permiso ¿Qué? ¿Por qué no podemos mirar hacia arriba? ¿Cómo que por qué? Disculpe. Disculpe. ¿Por qué? Siga, sí. Lo que escuchaste. Ya está muy cerca.

Muy altos los dos veían el enjambre de nucas genuflexas, aflorando la cervical como huevos de moscardones gigantes. La procesión avanzaba bajo una enorme y redonda sombra. En el fondo crepuscular, recortado por torres de variada altura que detrás suyo escondían la bola del sol, se erigía la ciudad capital y su promesa de cobijo. Oculto bajo el mar de espaldas y hombros que se tocaban estaba el cemento, guiando la marcha hacia el final del embudo.

¿Miraste? ¿Por qué miraría? Se escuchaban toses y estornudos. Piel seca de manos frotándose. A los costados de la carretera, sombríos los árboles sin hojas encausaban los pasos lentos.

Apareció de repente. Interrumpió todas las transmisiones en vivo.

Todas las pantallas, chicas y grandes, sintonizaron la emisión de último momento. "Se acerca un planeta. Colisión inminente contra la tierra. Mañana será visible."

No miraste. ¿Vos miraste? Tal vez mire. ¡Lejos de mí, eh!

Las primeras horas fueron confusas. La transmisión desapareció y dejó a los conductores del noticiero en el plató con la boca abierta, el VIVO corriendo. Los directores tardaron en reaccionar de mandar a la pausa. En las calles los transeúntes retomaron el paso cuando regresó la música a sus oídos. Creyeron que era un anuncio de broma pero más tarde cayeron en cuenta que todos lo habían escuchado. Las películas y las series siguieron reproduciéndose. Hubo un tropel de cabezas asomándose por las ventanas, muchas cabezas por cada ventana, como un sarpullido. Por el cielo despejado se arrastraba una nube con forma de oveja. La ciudadanía buscó tranquilidad en sus ojos y encontró un pozo atribulado. Enrarecido, el aire se paseó en esa quietud de alucinación colectiva. De repente irrumpió una transmisión oficial. El gobierno, representado por el ministro de seguridad, negaba ser responsable de la emisión apocalíptica. Pedía calma. Se estaba investigando el caso.

Estoy cansado. Me duele la planta del pie -Cuadras antes había perdido un zapato. Ninguna cabeza de la multitud oyó su grito. Ninguna se detuvo. Los cuerpos siguieron caminando sin mirarlo a los ojos. Todos lo estamos, hemos caminado mucho. Creo que pisé un vidrio. Hay demasiada gente. Y demasiado olor. Falta poco.

El crepúsculo era una franja rosa que moría.

La tarde continuó con recuperado sosiego. El internet se llenó de reels explicando el fenómeno; caldeados debates por comentarios que llegaban a los insultos. Cada persona que captó el momento subió una historia con #*profecía*. Sin embargo, la mañana siguiente despertó con un grito encadenado. En el cielo, perfectamente visible, asomaba un astro incipiente. Comparada con esa uña mal cortada, la luna era una moneda. "Colisión inminente.", apareció en los televisores encendidos de golpe. "Colisión inminente", cortó los buenos días de las radios y los programas de *streaming*, "Colisión inminente", en las pantallas leds de los colectivos. “Tres días”. El silencio fue ruido blanco. Calcificadas en una rutina que apenas arrancaba las personas esperaron que desapareciera la alarma. Una nube de estrés se levantó de los cimientos, dio paso a la histeria general. Ni en año nuevo se enviaban tantos mensajes simultáneos. No hubo una

persona en el pueblo que no se combara sobre el celular. La transmisión oficial reapareció para contener a la población. Al ministro se lo veía especialmente rígido. Calificó de terrorismo la emisión apocalíptica. Los expertos rastreaban a los culpables. El supuesto planeta podía tratarse de una proyección holográfica.

Me duele el cuello. A todos nos duele ¿Quieres preguntar en voz alta? Voy a mirar. Aléjate de mí. Y de mí. Y de mí. La masa se agitó convulsa. Bola de gusanos sobre carne podrida. El roce fueron empujones ¡Quiere mirar! ¡Qué! ¡Cómo! ¡Está loco! ¡Sáquenlo! ¡Qué mire solo!

"Una vez completamente visible, no mirar el planeta". No quedó claro quién hacía la advertencia. No hubo una transmisión posterior. Ya reptaba sobre las casas la sombra planetaria. Las cabezas cayeron en picada como robots desactivados. Nadie se preguntó cuánto quedaba para el plenilunio. Ni se atrevieron a apuntar las cámaras hacia el cielo. “En la capital habrá refugio”, aparecía intermitentemente en las pantallas, colores rojos y azules destellantes. No apto para epilépticos.

¡Suéltenme! ¡Déjenlo! ¡Quiere mirar! ¡Basta! ¡No hay que mirar!

Cierta sensatez, hasta aquel momento sostenida, se vino abajo. Car-

gados de víveres y provisiones, la marcha empezó sin protestas y con un sentimiento de pena comunitaria. Prontamente se hizo un rio que fue un mar y se enfiló hacia los edificios que rasgaban el cielo, sin que dejara de rezongar en sus mentes cómo es que guarecerse en la ciudad los salvaría de una colisión planetaria, sin que nadie se atreviera a enunciarlo. En plena ebullición los cuerpos se retorcían y empujaban al que quería mirar con intención de sacarlo de en medio, agarrándolo de las solapas y las mangas, tirándole el pelo y las orejas. Nadie sabía qué efecto adverso produciría mirar al planeta y no querían estar cerca para comprobarlo. Atemorizado por la violencia y consciente de que el mar en el que fluía ahora era un muro, se entregó a lo inevitable: lo miró. Perfecto y redondo, encandilante como nunca nada antes lo había encandilado, el planeta era un ojo sin párpados ni pestañas, suspendido sobre la cuenca negra del cielo. Cuando no pudo más cerró los ojos y un rugido de tifón revolvió su cabeza. Poco a poco, dentro de sus párpados empezaron a dibujarse figuras y aparecer colores. Quiso abrirlos y no pudo, ya lo había hecho. Absorbido por un latido estentóreo, cesó el tifón. Bajo suyo vio la procesión, encausada entre los árboles retorcidos, sumisa y silenciosa, una bandada de insectos hacia una trampa. Desde aquel cenit vio a la ciudad emanando un aura roja, seguro de que se retorcía como un arácnido hambriento. Entre las torres y las terrazas parpadeaban las vallas publicitarias: "¡No mirar al planeta!",

que se pixelaban y alternaban una imagen glitcheada del ministro con la mirada vacua. Había cientos de cadáveres enredados bajo los aleros, adosados a terminales eléctricas, tenían dilatados los orificios con cables galvanizados, convertidos en lámparas parpadeantes los ojos. En los estudios titilaban las consolas sin operadores. Quiso gritar y sintió la garganta reseca. Le entró el barullo a los oídos y se encontró de nuevo rodeado de manos y rostros que no eran capaces de levantar la mirada. Intentó de nuevo y clamó con los brazos en alto que se detuvieran, que si miraban el planeta comprenderían su error. ¡A la ciudad no! La voz fue absorbida por la corriente. Sintió un impacto en su cráneo y un crujido. Se derrumbó junto a una vieja que lo miró con asco antes de soltar el adoquín lleno de sangre. Hubo aplausos alrededor suyo. Los escuchó lejos, tumbado boca arriba, esperando que cesaran para ver de nuevo el ojo ecuménico. Había visto demasiado para perderse el final.

LA GENTE TENDRÍA QUE SABER

Por Fernando Rojas

Fue el primer pensamiento entre que se quitó de encima la colcha y los pies tocaron el suelo, un frío revestimiento de madera percudido por varios alquileres anteriores al suyo: En simultáneo sintió el vértigo de una mirada a lo lejos, se figuró la fecha capicúa y se dijo tres palabras, llegó el día.

¿Para qué vestirse, calentar el agua, salir a la calle, subir al bondi, llegar al laburo? Animales de costumbres somos. El café también era el mismo de todos los días, pero se le mezcló en la lengua con los resabios del dentífrico sabor albaricoque, obsequiado por una hermana entrada en años, encantadísima ella por el hallazgo. Le produjo una arcada y, a continuación, serenamente, volcó el contenido de la taza en la bacha llena de trastos.

El primer colectivo siguió de largo, lo tenía bien sabido y ya no se indignaba. Cada vez se viaja peor, dijo una señora en la fila. Un hombre más joven insultó por lo bajo achinando los ojos, el puntualísimo rayo que asomaba desde los edificios de enfrente les pegaba en la cara. Mañana normal de un día normal, pero él sabía que no.

Apretujado y sosteniéndose del pasamanos observó por la ventanilla

las corridas habituales, retratos cotidianos sin la menor extrañeza y, después, de reojo, a los pasajeros que bostezaban o miraban el celular como hipnotizados. Intentaba imaginar los efectos sin precedentes del evento que estaba por suceder. Esta gente no tiene idea. Pero el Profe sí tenía, tenía más que eso. Podía ver acontecimientos antes de que sucedieran, el Espíritu Universal se lo dictaba en sueños y a veces en medio de estados gripales con fiebre altísima que le duraba unas horas y desaparecían abruptamente. Como suele suceder con ciertos dones, el del profe era a la vez una condena. Lo de Profe no era por profesor sino por profeta, alguien lo llamó así en broma y el mote le fue quedando. Cuando lo confirmaron al Espíritu Universal, los hermanos superiores dijeron que era el Profe y ya nadie lo llamó de otra manera.

La había pegado demasiadas veces, no había dudas de que su don era verdadero. Las primeras demostraciones fueron controvertidas porque cuando llegó a la hermandad era apenas un adolescente. Flor de revuelo causó entre los líderes que estuvieron a punto de echarlo. Lo salvó de la expulsión el hermano Gianluca, esgrimiendo una defensa paternal, es cierto, aunque muy sustentada en Las Cartas Sagradas. Así convenció a los hermanos superiores de que él sería la guía espiritual que el inesperado muchachito necesitaba para obrar con sapiencia y madurez. Las Cartas Sagradas mencionan en dos ocasiones que antes de condenar a un novicio

que se acerca al sendero, es deber de la hermandad encomendarle a un maestro que le enseñe a caminar.

Con aquella intervención contrajo el Profe una deuda impagable con el bueno y lenguaraz Gianluca. Así logró ser aceptado al principio, querido luego y, finalmente, venerado con un fervor parecido a la idolatría aún entre los miembros más serios y consagrados de la hermandad. Cuando los augurios del Profe eran de orden doméstico, a menudo significaba el sufrimiento de alguien, la enfermedad terminal de un pariente, el desalojo o la banca rota, pocas veces un hecho feliz. Cuando empezó a anunciar eventos de alcance nacional e internacional cambiaron las cosas. Llegó a anunciarnos la fecha de asunción del primer presidente negro en Estados Unidos cuando nadie todavía había escuchado hablar de Barack Obama; predijo la llegada del Papa argentino un día antes de que renunciara Benedicto XVI; y advirtió sobre una pandemia inminente cuando la sopa de murciélago no estaba aún en boca de nadie. Llegó el día en que para todo se lo consultaba. Los líderes se cuidaban de disertar en el recinto de la hermandad sin cotejar antes con él sus laboriosas meditaciones, ilusionados secretamente con la posibilidad incierta de que alguna premisa en aquellos discursos lo afectara lo suficiente como para encender una revelación.

Debido al secretismo férreo que preserva la Secta del Espíritu Universal, un secretismo más férreo que el de las logias masónicas y las sociedades

Illuminati, el Profe goza actualmente de un anonimato que lo protege de sucumbir a una miserable vanagloria que terminaría por envilecerlo sin redención. Es un cancherito de mierda el Profe, eso es lo que es. Y el primer pensamiento que tuvo la mañana en cuestión, entre que se quitó de encima la colcha y apoyó esos pies retorcidos en el suelo, fue mi cara. Después sí, en simultáneo, como contó apenas entrar a mi departamento, se figuró la fecha capicúa y se dijo "llegó el día", por supuesto.

Tan pagado de sí mismo es el Profe que no se puso colorado al afirmar que la gente tendría que saber de su existencia, privarlos de un profeta tan cercano a ellos es un pecado. Ese vocabulario cristiano ya me exasperó de entrada. Después empezó con la sobreactuación que ya le conozco y me pidió un vaso de agua porque sentía la lengua pastosa. Tomó dos tragos y dijo que no había podido desayunar, que lo había adjudicado a la mezcla del dentífrico y el café, pero luego entendió que era por la angustia que le atormentaba el alma. Sabiendo que se estaba metiendo en una zona pantanosa, comenzó a hablarme de Ingrid, quien había sido mi pareja ordenada por la hermandad. Con Ingrid teníamos fecha para casarnos y planes de formar una familia numerosa, con mascota y todo. Dijo que veía el sendero embarrado, que esta mañana se había desviado del trayecto hacia el trabajo por sentir que una prueba terrible iba a recaer sobre toda la hermandad, a algunos con más peso y, a otros, afortunados, con menos.

Así como con lo de la pandemia, así como con todas las otras profecías mortuorias que había venido acertando, decía estar seguro de que yo no iba a superar la prueba, porque iba a enloquecer de resentimiento y envidia hacia él. Ahí me lo quedé mirando y me sobrevino una indignación incontrolable. Cómo que a enloquecer, cómo que envidia. Y puso ese gesto de perro mojado, los ojos vidriosos, las muecas que para mí fueron siempre una sobreactuación, una trampa en la que todos caían, para después vanagloriarlo. Te vas a volver loco, me dijo, y te vas a suicidar por mi causa. Lo odié porque sabía que, una vez más, el profeta iba a dar en el clavo, como con las otras cosas no había modo de escapar, como con Ingrid y los sueños que se nos habían ido al tacho. Podría habérselo callado, no haberme dicho nada, pero el Profe fue siempre más bocón que su maestro Gianluca. Así de claro lo siento, me dijo, como cuando te advertí lo de Ingrid; a lo mejor, sabiéndolo, exista una chance de evitarlo.

Necesité tomar aire así que abrí la puerta corrediza de vidrio y salí al balcón, su presencia y sus palabras me estaban dando náuseas. Una vez afuera, procuré razonar, sentir en armonía con el Espíritu Universal, pero me era imposible. El Profe salió conmigo y me pareció que a propósito se ubicaba junto a la baranda. El don que te dieron debería tenerlo alguien más responsable y piadoso, le solté. ¿Alguien cómo vos?, me dijo. Entonces lo empujé con el impulso más puro que me brotó de las entrañas.

Cayó con la mirada patética de mal actor que ponía al augurar una mala noticia, sostuvo esa mueca hasta llegar a la avenida y se perdió debajo de un colectivo. Acto seguido, me tiré yo.

NECHUNG

Por Ayi Turzi

26 de noviembre de 2048

Estaba mareado, confundido. Tenía el rostro mojado y le costaba respirar. Cuando logró encontrarse a través del espejo retrovisor, entendió que eso líquido que le cubría la cara era su propia sangre. No recordaba bien qué había pasado tan solo unos segundos atrás. Trató de estirar la mano, buscando su celular para pedir ayuda, pero apenas podía moverla. Parecía pesar una tonelada. Entre el cristal estallado, la oscuridad de la ruta y la incipiente llovizna apenas podía ver afuera del auto. Quiso moverse para tratar de salir, pero estaba como amurado al asiento. Amurado podría sonar exagerado, pero en definitiva era la expresión correcta: una varilla que se había desprendido del camión con el que había chocado se le había clavado en el medio del abdomen, con tanta fuerza que había salido por su espalda y seguido su recorrido hasta el respaldo de la butaca. Trató de moverla, pero el dolor se lo impidió. Tampoco podía gritar, y su mano no respondía a la indicación de tocar la bocina, de moverse, de hacer algo. Supuso que eran sus últimos minutos. Respiró profundo y entrecortado, envuelto en lágrimas. Sentía en la garganta oleadas de sangre que subían,

fruto de los espasmos que empezaba a sufrir. En algún momento llegaría a la boca, quizás para quedarse ahí. Un *sticker* en la parte trasera del camión lo sumió en una profunda desesperación. No había podido escaparse. En letras azules, desgastadas por el sol y el paso del tiempo, apenas lograba leerse "Nechung".

6 de marzo de 2025

Ansiedad, vertiginosidad, necesidad de estímulos constantes. "Pero nada fuera de lo común para un adolescente" había diagnosticado su nueva psiquiatra, sugiriendo a los padres dejar de medicarlo y buscarle actividades para que estuviera entretenido sin el celular, que exacerbaba su sensación de vacío. Las aplicaciones más diversas, juegos, edición de imagen, distorsión de voz, tardaban más en descargarse que lo que duraban instaladas en su teléfono. Hubo una sola que duró en el dispositivo más de una tarde. La interfaz, rudimentaria, con errores de tipeo y bugueos frecuentes, aseguraba poder predecir el futuro. No estaba en Google Play, la había descargado de un link encontrado en un foro, en un posteo que desapareció a las pocas horas de ser publicado, algo que le sumaba un halo de misterio.

Empezó preguntando cosas sencillas: el resultado de algún partido de

futbol, o qué le preguntarían en el próximo examen de física, asignatura que detestaba. Como era una versión gratuita de la aplicación (la premium era inaccesible) tenía que dejar pasar doce horas entre pregunta y pregunta. Aunque ese software de origen incierto era lento y visualmente feo hasta la irritación, había algo en él que lo atraía, que lo impulsaba a seguir preguntando cosas. Hasta que en un momento, más pronto que tarde, sintió que desaprovechaba los turnos preguntando pavadas. En el fondo había una sola cosa que quería saber, un pensamiento del que no podía escapar, aún a sabiendas que la certeza era peor que la duda. Luchó con la histeria de preguntar o no hacerlo hasta que no pudo más. Quizás en el fondo todo era un simple juego, una simulación. "¿Cuándo y dónde me voy a morir?"

En el momento fue un "meh", un dato random más pululando en su cabeza. El pánico real emergió cuando que varios vaticinios anteriores empezaron a concretarse: Boca le ganó a Aldosivi 3 a 0 por la Copa Nacional, el dólar tuvo una caída de 23 pesos para luego subir 34 y mantenerse estable, el fin de semana que se intuía soleado se deshizo en tormentas e incluso granizo. Todo al pie de la letra.

Entendió que ahora sabía algo que no tenía que saber. Desinstaló la aplicación, como una forma inocente de eludir su propio destino. La curiosidad lo llevó a vivir un infierno que cada tanto bajaba su intensidad,

pero lo quemaba por dentro cada vez que alguna de las predicciones se cumplía. Así pasó un poco más de veintitrés años, tratando a veces de olvidar lo que sabía, otras tratando de imaginar cómo escapar cuando llegara el momento, entre pesadillas, diagnósticos psiquiátricos imprecisos y angustia. Mucha angustia.

26 de noviembre de 2048

Las últimas semanas habían sido complicadas. No podía compartir lo que lo atormentaba sin parecer un loco. Aquellas dos escuetas oraciones, que había leído en una letra pixelada sobre un fondo gris hacia más de dos décadas se repetían en su cabeza una y otra vez. Pensó en huir, pensó en dónde esconderse, pensó en cómo evitarlo. Lo pensaba seguido, pero esta vez la sensación de urgencia lo asfixiaba. La descripción siempre le había parecido precisa en cuanto al día y al modo, pero ahora, en su auto, inmovilizado, se daba cuenta que no había tenido en cuenta todas las opciones posibles. Que a pesar de haberlo pensado mucho no lo había pensado lo suficiente. La aplicación había vaticinado que el 26 de noviembre de 2048 iba a morir ahogado. Creía que capaz de mantener todo bajo control hasta que su novia, preocupada por la alienación de esos días, le había propuesto pasar ese fin de semana en un enorme spa con pileta. En

ese momento sintió a la muerte casi tangible, entendiendo que aceptar la invitación era lo que el destino esperaba que hiciera para ponerlo de cara a la muerte. Enfrentándose a una fuerte discusión, rechazó la propuesta. Necesitaba estar alejado de cualquier pileta, lago o incluso palangana con agua para salvar su propia vida. Eso hacía en la ruta, se escapaba. Nunca había considerado que podría ahogarse con su propia sangre.

El *sticker* del camión, del que no podía despegar los ojos, le agregaba dramatismo a la situación. ¿Quién lo había pegado? ¿Quién manejaba el vehículo? ¿Por qué nadie se había bajado? Nechung decía el *sticker*. Nechung. Así se llamaba aquella siniestra aplicación que en apenas unas horas le había arruinado la vida.

LA DAMA DEL TELAR

Por Adriano Duarte

Afirmar la existencia de la araña de siete patas es, por lo menos, controversial. En sus cartas, el confesor Vassilii (conocido como *el uniojo* por sus discípulos más fieles) escribe que la *Kuña Payé Ñandutí* "teje el velo que separa este mundo de la sombría morada de los *Karaí Mymbá*". El emisario del Presbiterio adopta para aquel nombre ambiguo una traducción mucho más elegante: la Dama del Telar.

Los filósofos naturales recusan estas líneas. En su lugar, proponen que el emisario del Presbiterio refiere con tono metafórico a la *Parawixia bistriata*, una especie de araña que se agrupa en colonias y teje telas que se extienden sobre la inmensidad del monte. A mi modo de ver, esta objeción parece menos una descripción taxonómica que un intento de secularizar un misterio.

Es de común conocimiento que el pueblo javorai domina el arte del tejido. La Cámara de Curiosidades y Artificios del Presbiterio preserva bandoleras de caza, redes de pesca, hamacas, mortajas, muñecos rituales que son prueba de su refinada maestría. Las hilanderas obtienen la seda de granjas que, según el confesor Vassilii, "ofician de templos y también

de lechos sepulcrales para las pitonisas".

Tal como lo advierten los maestros hilanderos del Imperio Anglosajón, la seda posee un matiz dorado que, a fin de conservar su tinte original, debe manipularse con premura y delicadeza. El excesivo contacto con los efluvios de la piel torna al hilo de la tonalidad de la sangre.

Sin embargo, el confesor Vassilii contradice esta aseveración. Al hablar del atuendo ceremonial, comenta que "la pitonisa viste un manto que flamea como animado por una voluntad ajena y cuyo color carece de nombre conocido". Poco después, el emisario del Presbiterio expone los detalles de la siguiente liturgia:

"La pitonisa ocupa el centro del círculo ritual. Se cubre el cuerpo desnudo con el manto e inicia una danza. Sus movimientos despiertan a la divinidad que acecha en la tela. De un momento a otro, la pitonisa lanza un grito y queda paralizada: la *Kuña Payé Ñandutí* la ha mordido. Detenida en el tiempo por el veneno mortífero, suspendida en el espacio por el hilo con el que la Dama del Telar la amortaja, la pitonisa pronuncia el oráculo."

Luego de brindar este informe, el confesor Vassilii interrumpe su comunicación epistolar. El Presbiterio especula que la razón de este silencio puede atribuirse a alguna inclinación herética. A fin de corroborar esta conjetura, monseñor Ferozze arriba de incógnito a la antigua Reducción de la Docta Palabra de la Contrición (rebautizada Ciudad de la Divina

Lengua de Eniac por los salvajes perpetradores de la Gran Apostasía).

A pesar de su experiencia como Alguacil del Bienaventurado Oficio, las pesquisas de monseñor Ferozze no ofrecen resultados concluyentes. En su reporte inicial, el alguacil da testimonio de su desconcierto con estas palabras: "entre la brutalidad de la que los apóstatas eniaquitas hacen alarde, lo único que parece inequívoco es que, en vez de haber caído bajo el garrote de estas criaturas ferales o de haber abrigado la herejía en su espíritu, al *uniojo* más bien se lo ha engullido el monte".

Sin embargo, mientras prepara su regreso, monseñor Ferozze conoce por puro azar el destino del confesor Vassilii. Mientras bebe Hierroquina en el almacén *El pulpo negro*, un carroñero le ofrece un anillo a cambio de un precio razonable. De un vistazo, monseñor Ferozze identifica el Sello Confesorial y, en la banda interior, descifra el nombre de su antiguo dueño: Vassilii. Monseñor Ferozze interroga al carroñero por el origen del anillo. Como respuesta, el carroñero encoge los hombros y se escabulle.

Días más tarde, monseñor Ferozze aborda al carroñero en la tapera donde este esconde sus tesoros. Mediante un ejercicio de confesión que implica la rotura de los dedos y la separación de sus uñas, el carroñero (que afirma llamarse Guilian) revela por fin que el anillo se lo quita a un pobre confesor que halla en el monte. El carroñero asegura que él no lo

mata, sino que descubre el cuerpo en una condición que nunca ha visto en otro cuerpo de hombre o animal. En efecto, Guilian encuentra los despojos del confesor Vassilii "en un manto de telarañas que pende de las ramas del monte". El carroñero lo da por muerto. Sin embargo, ni bien le quita el anillo, el pobre confesor despierta y susurra una plegaria agonizante: *Suyo, mi Dama, suyo.* Del hueco de la boca y de la órbita vacía del uniojo brotan arañas. Arañas de siete patas.

Obrado este testimonio, monseñor Ferozze determina una penitencia indulgente para el carroñero Guilian: le carboniza la lengua, le perfora los globos oculares y pone fuego a la tapera.

Lo penoso de este caso es que, a punto de abandonar la mal llamada Ciudad de la Divina Lengua de Eniac, monseñor Ferozze cae en manos de los penitenciarios infieles. Comparece de inmediato ante el devoto Athanasius, cabecilla de la Gran Apostasía. El pérfido traidor a nuestra Dolorosa Doctrina decreta que a monseñor Ferozze "se le abra un surco de oreja a oreja para que baile así *La Refalosa* en el charco de su propia sangre pestilente". Que conste aquí esta infamia como muestra de la barbarie de los eniaquitas.

EL ORÁCULO

Por Marcelo Gobbo

Ricardo lo descubrió cuando ya había cumplido diecinueve años. Cuando se dio cuenta de qué se trataba ya llevaba un año trabajando en la disquería.

El local estaba frente a la estación Devoto del ferrocarril San Martín, en una galería comercial sobre la calle Asunción, y el mueble con los discos, formado por una doble hilera de cuatro bateas, estaba ubicado frente a la puerta de entrada.

Aquella primera vez, Ricardo pensó que era pura casualidad. Lo primero que vio al abrir la disquería después de almorzar, fue la portada de *All This And World War II*, una banda de sonido con *covers* de los Beatles; esa mañana se había comunicado el inicio de la Guerra de Malvinas. El disco había quedado desordenado al cerrar, aquel mismo mediodía.

Ese mismo viernes, su novia de entonces, Marcela, hermana de Eduardo, el único de su grupo de amigos que había entrado a la colimba —Ricardo se había salvado por número bajo— le contó que su hermano había sido enviado al sur. Al día siguiente, la primera tapa que vio al entrar era la de *Brothers And Sisters*, de los Allman Brothers: la noche previa, antes

de cerrar el local, lo había dejado sobre el mostrador porque un cliente lo había reservado. Otra vez, la coincidencia le arrancó una sonrisa.

El jueves, tras cinco días de comportamiento errático —que Ricardo atribuía a la angustia por Eduardo—, Marcela fue a verlo a la disquería por la mañana y le dijo que quería terminar la relación; se excusó diciendo que no estaba en condiciones para algo serio, que el contexto la abrumaba. Detrás de ella, mientras rompía con él, Ricardo veía asomarse en la batea la portada de *Fickle Heart* (Corazón infiel), de Sniff 'n' the Tears. Apenas ella se marchó, llamó al dueño de la disquería, le dijo que se había descompuesto y cerró. Caminó hasta su casa, distante a unas cincuenta cuadras del local, para ver si así lograba fatigar la tristeza. Pero al pasar por Los Lirios, el albergue transitorio que estaba a mitad de camino vio a Marcela ingresando al establecimiento en compañía de un chico que había estado con él en el equipo de natación del GVP. Si no se acongojó más fue porque lo sorprendió recordar el título del álbum de la banda inglesa. Ya no podía dudar más de esos mensajes.

Desde entonces, cada día al llegar a la disquería empezó a fijarse en los primeros discos que veía y comenzó a tomar nota mentalmente de los vínculos entre esas tapas que lo recibían y los acontecimientos que podían vincularse a ellas. Con el tiempo, descubrió que, a menudo, la asociación no era tan simple ni importante, mucho menos inmediata, y que no siem-

pre se trataba del primer disco que encontraba en el día.

A veces el vínculo era mínimo: como ir al centro un domingo a la tarde y ver a un hombre sentado en la vereda y recordar que el último disco vendido había sido el cuarto LP de León Gieco —en cuya tapa aparece con una imagen idéntica—. Otras, dramático: su madre sufrió un derrame cerebral el día que un chico fue a cambiarle, por una falla en el prensado, el LP *Copando cabezas*, un compilado con un dibujo en la portada de un calvo al que se le abre sanguinariamente la mollera cual lata de sardina.

Mientras pasaban las semanas, Ricardo entendió que, si bien los discos anunciaban algo a diario, la interpretación era siempre posterior. Podía estar en la tapa —*Signals*, de Rush, anunció que un dálmata iba a morderlo—, el intérprete —*Phenomenon*, de UFO, una noticia sobre un OVNI en La Plata— o en una canción —la primera vez que el dueño de la disquería se mostró usando peluquín, apareció *Yendo de la cama al living*, que incluía el tema *Peluca telefónica*—. Nunca era evidente: el significado del oráculo era siempre escurridizo.

Un día, lo primero que vio fue *Brothers In Arms*, de Dire Straits, que incluía el hit *Money For Nothing*, y él pensó que era una señal de que perdería todos sus ahorros en una inversión en la que había participado justo antes de que se anunciara el Plan Austral. Pero ese mismo día también recibió en la disquería *Gulp!*, el álbum debut de Patricio Rey y sus Redonditos de

Ricota, y más tarde un alumno del Copello, enojado porque Ricardo no había querido hacerle un descuento en una compra, rompió la vidriera de un piedrazo. La predicción estaba en la canción *Pierre, el vitricida*, de la banda argentina, ya que cinco meses después la inversión rindió frutos y pudo comprarse un auto usado.

Cuando salió *Jazz From Hell*, de Zappa, a Ricardo le resultó imposible prever la combinación de advertencias: los dos primeros temas del disco son *Colegio Nocturno* (*Night School*) y *Los Bandidos Del Camino De Cintura* (*The Beltway Bandits*). El día que recibió el álbum en el local, conoció a una chica que estaba terminando la secundaria en la nocturna y vivía en Villa Tesei, cerca del Camino de Cintura —que más tarde se llamó Ruta Provincial Diego Armando Maradona—. Estuvo apenas tres meses con esa chica, pero esa relación resultó infernal: mientras salían, el exnovio de ella salió de la cárcel y varias veces amenazó con matarla si lo veía con otro, así que tenían que verse a escondidas. La última vez, Ricardo tuvo que huir por el techo de la casa de ella ante una visita inesperada del exconvicto: aquella mañana, había roto por accidente un casete que había llegado: *All I Need Is Music II*, de un tal Tottis, que traía canciones como *Lágrimas sobre mi piano, El lado triste del amor, Los soñadores deben aprender* y *Sinfonía para corazones solitarios*. Nada para agregar.

Pese a lo esquivo de los mensajes, Ricardo se propuso dar con un

método. Hasta que ocurrió el choque.

El mismo día que decidió renunciar al trabajo para ir a probar suerte a Brasil, donde planeaba dedicarse a estudiar capoeira y trabajar de camarero, recibió *Para terminar*, el último disco de Fricción, y un primo que había vuelto de un intercambio estudiantil en Gran Bretaña le trajo de regalo *Low*, de Bowie, en CD.

Fue durante el coma cuando captó la conexión entre esos dos discos. La clave no radicaba en el título del álbum de Fricción, sino en la suma de este con el de una canción del disco de Bowie: *Always Crashing In The Same Car*, o S*iempre chocando en el mismo auto*, que fue lo que le pasó de regreso a su casa: en una misma bocacalle, fue embestido por un auto y una camioneta que competían en una picada.

Pasó casi treinta y cuatro años en coma. Al despertar, en plena pandemia de COVID, había repasado mentalmente todos los discos que había visto, ordenado, vendido y cambiado en sus seis años y medio como empleado de la disquería. Así dio no solo con un método predictivo, sino que, además, descubrió una manera de discriminar los mensajes contenidos en esos álbumes.

En rehabilitación se enteró de que el disco compacto, que él recién empezaba a vender en la disquería antes del choque, fue exitoso durante un par de décadas, que el casete ya no existe, que a los discos los llaman

vinilos y los compran como objetos de colección una cantidad reducida de personas, y que ahora hay algo llamado *streaming* que prácticamente suplantó a todos los otros formatos. También aprendió a usar un celular y una *notebook*, se suscribió a Spotify y YouTube.

Muchos meses después, al recibir el alta, pasa a buscarlo el hermano, que fue quien los cuidó todos estos años, para llevarlo a vivir con él y sus hijos —enviudó hace poco— a la que fue la casa materna. En el auto, el hermano reproduce, desde una *app*, *Electric Dreams*, de McLaughlin: es uno de los discos favoritos de Ricardo. Pero este le dice que quiere escuchar algo de lo que está sonando ahora, algo que escuchen sus sobrinos, que son adolescentes. «Hay un pibe nuevo que te va a volar la cabeza, pero no sé si vas a pescar todas las referencias», le dice, y le hace escuchar *EL DISKO*, de Ca7riel. A medida que pasan las calles y las pistas, Ricardo reconoce fragmentos: «Esto es de *Lucy In The Sky With Diamonds*; esto es de *I Wish*, de Wonder», y así. Al llegar, le dice a su hermano: «Mañana vamos a llamar a nuestros amigos más cercanos y les voy a enseñar cómo predecir el futuro con la ayuda de los discos. Hoy quiero descansar. Afeitarme, darme una ducha, cenar tranquilo con ustedes. Gracias por cuidarme», y lo abraza.

Ya en el baño, frente al espejo, delante del lavabo, toma su vieja afeitadora, se mira la barba encanecida y la implacable alopecia y decide raparse. «A lo Luca Prodan», se dice. Enciende el aparato, se lo acerca a

la sien y una descarga eléctrica lo fulmina.

Los peritos dicen que fue el cable IEC C7, que de tantos años guardado estaba en malas condiciones. No se entiende cómo Ricardo no lo vio venir, otra vez.

TIQUE

Por Eva Nenning

Casandra tiene la mano metida en el bolsillo de la cartera agarrando su celular. Cada tanto se fija cuánto falta. Ve la estación de tren a lo lejos, el colectivo va a parar justo al lado. Al bajarse Delfina señala la cartera gigante que trae Casandra.

—¿Te pensás instalar en lo de la bruja?

—Tengo un casting a la tarde.

Caminan en dirección a la avenida, pasan varias cuadras hasta que Casandra vuelve a hablar.

—Es para un lugar en la compañía de Miguel

—Boluda. Pará. Hay que doblar acá.

Llegan a los pocos minutos. Al tocar el timbre les responden por el portero que esperen y no vuelvan a llamar.

—¿De dónde la sacaste a esta? ¿Es a la que fue tu vieja?

—No, al final le dijo cualquiera a mi mamá. Le mintió en la mayoría de las cosas.

Casandra se queda en silencio pensando "todas mienten", pero no lo dice. Otra de sus amigas, Tamara, intentó varias veces convencerla de

probar otra cosa. Le dijo que terapia la iba a hacer sentir mejor. Delfina le respondió que cada uno cree en lo que quiere. En eso no estaba tan equivocada, piensa Casandra.

—Lo que me gusta de ella es que si se equivoca, solo le tenés que pagar la mitad.

—¿Cuánto es?

Delfina asoma un billete del bolsillo de la campera. Es uno de los nuevos, Casandra todavía no había visto uno de esos.

—¿No es una barbaridad solo para saber si vas a volver con Matías?

Antes de que Delfina pueda contestar les abre la puerta un tipo en cuero, parece salido de una publicidad de perfume. Caminan por un pasillo que recorre el centro de la manzana de punta a punta. Al final hay una puerta de vidrio esmerilado con rejas.

Adentro hay una mujer sentada en un sillón de terciopelo. Tiene puesta una faja y un corpiño rojo, abajo una pollera negra larga. Le habla solo a Delfina, le ofrece agua y algo de comer. Ella rechaza todo y van las tres a otra habitación.

Es todo muy estereotípico, sacando la forma de vestir de la bruja. Las paredes tienen telas, bolas de "cristal", humo de incienso por todas partes y dibujos de deidades desconocidas por ambas.

—¿Hay algo de Matías que quieras saber en específico? —pregunta la

bruja mientras agarra un mazo de cartas largas.

Delfina abre la boca para responder, pero empieza a toser.

—Me hace mal —dice Delfina abanicando el aire intentando no respirar el humo del incienso.

La bruja se levanta acomodándose la faja.

—Volvé al comedor.

Delfina se va y cierra la puerta detrás suyo. La bruja destraba una ventana y pone el tachito de incienso afuera. Casandra busca con la mirada algún reloj, no quiere sacar el celular. Le va a llevar, por lo menos, una hora volver a capital. Quizás no llegue al casting.

—¿Vos querés saber algo, corazón?

—Yo no tengo efectivo —le da vergüenza la forma en la que respondió—. Perdón, no quiero saber nada.

Ella no parece ofendida. Casandra se pregunta que verá desde esa perspectiva con semejante faja y las tetas flotando a la deriva. La bruja la mira sin parpadear, a Casandra le da vergüenza de nuevo como si pudiera escucharla pensar en sus tetas.

—Que aburrido racionalizar todo, ¿no?

El humo todavía no se va por la ventanita abierta, Delfina no vuelve a entrar. La bruja aparta el mazo de cartas largas y saca de debajo de la mesa unas más chicas. No llegan ni al tamaño de las de una baraja normal.

—Esas eran de tarot, estas son de tique —deja de mezclar y se acerca —. Las cartas de juguete no hay que pagarlas, no te preocupes.

Casandra se marea con el movimiento de sus dedos al mezclarlas. Cuando termina, las acomoda en un semicírculo sobre la mesa y le hace un gesto para que elija una. Está harta, se quiere ir porque va a llegar tarde al casting y no entiende por qué Delfina tarda tanto en volver a entrar. Le da la carta a la bruja.

—Él nunca las deja respirar.

La imagen de Miguel se le viene a la cabeza. Todos sus compañeros hablando de las fotos de las otras chicas, diciendo que no puede ser. No puede ser y no importa, porque él es el mejor director de coro. Él es un genio, escucha en su memoria.

—Él no las deja respirar porque puede, y a vos te va a poner los dedos abajo de la mandíbula y va a apretar hasta que no puedas más. No va a salir aire, te los va a clavar en la boca del estómago. Ahí tenés que hacer fuerza, te va a decir. Va a cerrar la mano alrededor de tu nuez, vos sabes que te está dejando una marca. Dudas si te la vas a tener que tapar con maquillaje al irte, o te la va a tapar con el pelo una desconocida para que tu cuerpo frío no resalte demasiado los moretones.

Al tomarse el colectivo de vuelta, a Casandra le sobra el tiempo para estar puntual en el casting. Lo de Delfina tomó cinco minutos, irrecon-

ciliable lo de Matías. No parecía convencida, solo aburrida de que todos le digan lo mismo.

Al entrar a la oficina de la compañía, la recibe una secretaria que le indica en que salón meterse. Al fondo a la derecha, en la sala de espera ya no queda casi nadie. En el salón está el banquito del piano vacío y Miguel solo en escritorio largo cubierto de botellitas de gaseosa.

—¡Ay Cassie, querida! No sabes que mal la estoy pasando hoy, encima todas las yeguas vinieron a cantarme "Memory". Acapella, cuando quieras.

Se para a un metro de distancia de Casandra. Al escuchar algunos compases, se acerca. Casandra pierde el control de la voz, le cuesta llegar a algunas notas.

—No estás apoyando, querida. Te quedan los agudos ahí atrás —se para frente a ella. Casandra sigue cantando. Al pasar por la misma nota que no pudo alcanzar antes, Miguel levanta la mano en dirección a su cuello.

EL VALIENTE

por Nicolás Taramasco

"y *dijo: 'Cruz no consiente*

que se cometa el delito

de matar ansí un valiente!'"

El Gaucho Martín Fierro

José Hernández

"*Comprendió su íntimo destino de lobo, no de perro*

gregario; comprendió que el otro era él"

Biografía de Tadeo Isidoro Cruz

Jorge Luis Borges

Dijo la bruja:

"*No ha de hallar nunca descanso*

quien pa' siempre ha de vivir.

Raja de la muerte arisco,

como laucha en el fortín.

Que la Parca nunca acecha

al cobarde pa'l partir".

Y entonces el Sargento Cruz se levantó y casi se le echa al humo a la vieja. Suerte que Fierro lo acompañaba y con cabeza fría lo sostuvo entre sus brazos. "¡Cómo ha de ser, vieja roñosa, que a mí me venga a tratar de cobarde!" ladraba el sargento. Fierro sabía que la vieja era importante para los indios y que si Cruz la tocaba se iba a armar la podrida. Después de todo, ellos eran invitados en su tierra, y los indios eran muchos y salvajes. "Cálmese, compadre, que el augurio es bueno. ¿No ve que le está diciendo que ha de vivir pa' siempre?". Fierro, amable, se disculpó con la india y dio las gracias. Salieron del toldo. Tomaron aguardiente y Cruz seguía "¿cobarde, yo?" y su amigo le insistía con que la predicción era buena y que los indios no saben expresarse porque no hablan bien el español. Al final les ganó el sueño y se desmayaron bajo las estrellas. Faltaba un día para la peste.

Primero llegaba la fiebre. Luego, noche tras noche, los cuerpos se iban chupando hasta quedar como una pasa seca. El cuero duro y marrón del indio quedaba pálido y suave. Pronto, la peste se extendió por la toldería. No pasó mucho hasta que Cruz levantó temperatura. Fierro lo acompañó en su calvario. Le ponía paños fríos en la frente, y le daba de

tomar una sopa a veces de roedor, a veces de víbora. El caldo chorreaba por la comisura de los labios del sargento. Y Fierro, como una madre a su bebé, le pasaba un trapito por la boca. Así pasó Tadeo Isidoro Cruz sus últimos días. Hasta que seco y blanco como pétalo de lirio, murió en los brazos del hombre que lo amaba como sólo un hombre puede amar a otro. Luego de una noche abrazado a quien le había salvado la vida hace años, Fierro enterró al Sargento Cruz. Fue un entierro cristiano. No permitió que los indios lo quemaran ni le atravesaran el pecho por quien sabe qué superstición de aquellos brutos.

...

Fue un trueno el que lo despertó. Tadeo Cruz tenía tierra en la boca, la nariz y los ojos. Asfixiado, se arrastró a través de la tierra mojada por el diluvial. La toldería se había ido, huyendo de la peste. Martín Fierro, despreciado por los salvajes, ya había emprendido su vuelta. Vomitando barro salió Cruz de su tumba improvisada. No había rastro de la otra cruz, la de madera, que su amigo había clavado. Había sido arrastrada por la correntada. El sargento vació de barro sus fosas nasales, pero tardó en darse cuenta de que no necesitaba respirar. Lo descubrió en la madrugada, cuando los rayos del sol quemaron su piel por primera vez.

Tuvo que hundir su cuerpo en el lodazal, en dónde se quedó dormido. Así estuvo, entre el lodazal y la madriguera de un chancho, hasta que una familia de misioneros lo levantó en una caravana. Esa noche chupó sangre por primera vez.

...

Años pasaron y Cruz se acostumbró a Buenos Aires. Había matado, robado y seducido a las mujeres correctas, como para amasar una pequeña fortuna. Ahora vestía de frac y galera. El futuro le sonreía, aunque con la llegada del alba le venía el desasosiego de la peor enfermedad para el corazón de quien supo ser Hombre: la soledad. Bastaría solo con acostarse bajo el sol para terminar con esa existencia que no era vida, porque no pertenecía a los otros. Bastaba solo con eso, y sin embargo…

Cierto día, vio en la calle una cara familiar. Detrás de una abultada barba gris, oscurecida por la mugre, en ese rostro casi negro y sarnoso, estaban los ojos de quien fuera un reflejo de él mismo: el gaucho Martín Fierro. Se notaba borracho y delirante, sus ojos estaban perdidos y rojos, con sus venitas explotadas o a punto de explotar. Aun así, algo brilló en ellos: reconocimiento. Pues un hombre se reconoce en el otro, cuando es él mismo. Cruz, con el corazón que le parecía latir por primera vez

en mucho tiempo, lo llevó a su casa. Lo desnudó y lo bañó con cuidado. Desenredó esos pelos de alambre oxidado y le dio de comer en la boca, como Fierro lo había hecho con él. Cuando estuvo ya limpio, le contó su verdad. Desde que despertó bajo tierra, hasta aquel día. Le hizo una proposición: ser como él, vivir para siempre de la sangre ajena. Pero Fierro, llorando, le dijo que no. Él quería lo contrario. Por eso se habían iluminado sus ojos al ver a su amigo. Hacía rato que Fierro quería terminar con su vida miserable. Pero sabía que el suicidio era pecado. Y le juró que dios lo había puesto ahí para hacer su tarea. A Cruz, entre lágrimas, le bastó solo una uña larga y filosa como la de un gato de monte. Fue un corte limpio en el cuello y Fierro se desvaneció, entre los brazos de aquel hombre que, para él, había sido más que un hombre. El primer pensamiento de Cruz fue que lo hacía para terminar con ese despojo de lo que alguna vez fue su amigo. Pero al instante supo la verdad. Supo que en los ojos de Fierro se reflejaban los suyos. Supo que los de Fierro eran los de un hombre que aceptaba la muerte. Supo que los suyos propios eran los de un cobarde.

47

Por Antonio Scappini

—Terminó perdiendo tres dedos el muy pelotudo.

—Y sí, ya era retobadito en la primaria… ¿Qué te cuento? Volvió a caer por el barrio un linyera.

—*El linyera se emborracha y no le importa una mierda*… ¡Ja, ja, ja! ¿No era el entangado que siempre daba vueltas por la zona?

—No, no. Tampoco el que solía gritar a la madrugada por falta de puchos. Este era nuevo: lo vi una tarde, maso, hace tres semanas. Un jueves a la mañana, cuando llevé la moto a lo de Julio.

—Wiiiii… ¿Qué es de la vida de Julio?

—Y, la anda remando bastante bien con su diabetes. Estuvo ahí nomás de que le cortaran la pierna el año pasado. Bueno, como te contaba, fuerte estaba el sol. Este personajón se fue acercando al barrio. Estaba descalzo y, por lo que veía, parecía que le chupaba un huevo pisar ripio caliente y hasta las punzadas que te dejan en la planta de los pies. Era barbudo, medio viejoncho. Estaba vestido con algo que parecía un pijama blanco de manga musculosa. Un poco sucio, lo que le hacía parecerse al Príncipe de Persia, ¿te acordás? No el de las Arenas del Tiempo, si no el primero,

el del año del pedo.

—Sí, sí, lo ubico.

—Bueno, este fue acercándose al frente, esquivando las partes rotas de la vereda con mucha agilidad para la edad que aparentaba, hasta ubicarse precisamente en el vértice de la esquina.

—¿La que decís es la enquilombada? ¡Jodida! La vagancia en moto se manda a toda puta como si fuera ruta.

—Tal cual. Cuestión que el crotito se puso como pancho por su casa en esa parte de la manzana, se sentó con una postura como si se pusiera a meditar y se dedicó a mirar el vacío. Ni bien Julio terminó con la moto, no le di más bola por ese día.

—¿Otro traguito?

—Mandale mecha.

—¿Y seguiste viendo al croto durante esos días?

—Sí. La semana siguiente pasé por ahí y esta vez lo vi acompañado de unos cuantos jiponazos berretas, esos eternos recursantes de las mismas cátedras de siempre, aficionados a la poesía mal calcada de Bukowski y al consumo careta de tuca.

—Qué personajes. Hasta yo, que era terrible paja, pude superar las recursadas y nunca careteé con el faso.

—Estaban alrededor de él, que seguía sentado siempre con la misma

postura. Me hacían acordar esa pintura que nos hicieron analizar en ese taller de la Extensión. Esa en la que aparecían griegos amontonados hablando. No me estoy acordando el nombre.

—*La escuela de Atenas* de Rafael. El pintor, no la tortuga.

—Sa onda. Justo pensé en irme, pero vi que uno de los vagos destapó una Corona. Entonces me hice el loco y me junté con ellos. Justo que mencioné a los antiguos griegos, vi en los brazos del croto símbolos tatuados, que no terminaba de entender si eran griegos o árabes, y me sorprendió notar que también era ciego.

—Mi gente, ¿no lo conocés a Stick?

—Pero, oloo, acá te tiro la posta: después de media hora de intercambio de galimatías académicas y un par de latitas después, al linyera se le ocurrió hablar. Tenía una voz tranquila y un poco ronca.

—¿Y qué dijo?

—Me acuerdo que hablaba como en una disertación. Cosas sobre Aristóteles, Demócrito, sueños, coincidencias, recuerdos del porvenir, violación del principio de causalidad y hasta de retrocausalidad. Pero me fue difícil retener todo. Tenía más ganas de escabiar, ya que andaba bancándome días pesados.

—Y… Estando secardelli.

—Je, je. Fui sacándole la ficha a la vagancia. Resulta que, durante los

últimos días, el personaje se dedicó a divagar al voleo y eso no cayó en oídos sordos. Se terminó armando su propia escuela itinerante, nomás te digo.

—Salud por él.

—Y te vas a caer de culo con lo que pasó después. Seguíamos entretenidos con el divague del crotito hasta que alguien tiró una botella de vidrio. Por suerte, solo pegó contra la pared. Todos buscamos de dónde vino. ¿Y adiviná quién fue?

—¿Quién?

—¡EL OSO!

—Nuuu… ¿El gordo Braulio?

—Sí, aunque ya no estaba más gordo. Ahora era un patova de lo papudo que estaba, aunque le faltaba laburo en las gambas.

—Ese sí que no podía más de personaje. ¿Te acordás cuando se armaban las juntadas en el barrio? Cuando le tocaba elegir música, se le ocurría poner una Bandita Indie de La Plata de manera no irónica.

—¡Ja, ja, ja! Sí, el chabón flasheaba ser un rebelde y te daba ganas de decirle: "¡Capo, tenés casi 30 años y decís 'basado' y 'bro' como si hicieras shitposting en las redes! ¡Eso dejalo a los pubertos!" ¡jajaja!

—Andaba de muy mal chipá hace rato. Durante los últimos años anduvo rebotando en los ingresos al ejército, gendarmería y policía.

—Se nota. Esa noche estaba hecho una yarará de malo, muy en pedo.

No sé cómo, cuánto o por qué el Oso le tenía bronca al crotito. Desde la esquina de la manzana contigua lo señalaba y le puteaba. El linyera seguía en su mundo, a pesar de tener sus ojos en dirección a Braulio. El Oso se fue acercando. A mitad de camino, el croto giró hacia mí y me dijo muy tranquilo: "47". Yo miré sus ojos blancos, tratando de entender a qué se refería. Por eso no le di bola a lo que le pasó en ese instante al gordo.

—¿Qué le pasó al Braulio?

—Ligó un choque tremendo con una moto que pasó a todo pedo. Voló casi un metro y medio por el aire y cayó mal. Pegó la cabeza cerca del cordón de la vereda. La gente alrededor fue rápido a auxiliarlo. Me quedé duro un instante. El linyera se paró y se fue por el mismo camino por el que vino. Después de ese día, no se supo más de él.

—¿Y el Oso?

—Clavó la guampa ni bien tocó el piso. Tardó en llegar una ambulancia.

—¡Un garrón! Mejor destapemos otra en su memoria.

—Dale. Esta pago yo.

—¡Andás menos seco que de costumbre!

—Es que jugué y gané la quiniela la última vez.

—¡Qué nivel! ¿Con qué número?

—El 47. El muerto.

LOS CAÑOS

Por Naoto Nakasone

En esta zona hay casas así: oscuras, baratas y húmedas. Calles donde los árboles tapan el sol y el barro nunca se hace tierra. Patios con estela de babosas y caracoles.

Mi abuela no quiere saber nada de la casa. Dice que estos lugares atrapan la energía, que los árboles hacen tubo. Siempre fue de hacer esa clase de comentarios proféticos. Pero en estas cuadras la gente se escapa muy seguido. Algún novio violento, alguna amenaza por deudas. Mamá tira sal en el patio por las babosas.

—La casa es vieja, sí, pero también barata —fue lo primero que dijeron mis papás, parecía que el precio explicara todo.

El olor a viejo de la casa, el parqué levantado en forma de bote por los años. Las esquinas oscuras en degradé de las paredes, la sombra de las telarañas pegada a la oscuridad y la fachada amarillenta por un hollín oxidado no ayudan. Mis viejos se quisieron quedar con un colchón. Estaba todo vencido con los ribetes más elevados que el centro con resortes rotos.

—La dueña anterior se fue de un día para el otro —papá abre una caja—. No se llevó nada. Hasta dejó un par de zapatos en la entrada.

No dicen más.

Ni quién era.

Ni por qué se fue.

Tampoco pregunto.

Las canillas todavía gotean. Los caños de la pared hacen un ruido raro, como si se atragantaran. Una noche me despertó el sonido del agua cayendo con fuerza; parece que alguien giró la perilla por completo. Mi vieja dice que debe ser la presión del agua. Papá ni se levantó a revisar. Ellos son de los que creen que lo que no se nombra se arregla solo. Pero no es la presión. Yo mismo tuve que girar la canilla para cerrarla. Los primeros días hizo falta que la casa esté en silencio para notar el goteo.

El agua, sin embargo, es riquísima. Ni fría ni caliente, una armonía perfecta que se desliza sobre la piel y la deja bendita. Mis papás también están encantados. Dejamos de comprarla mineral y empezamos a tomar solamente de la canilla. La ducha es un refugio. Cae con suavidad, pero es envolvente, consuela. Todo en la vida es sencillo bajo su chorro tibio. Al principio, es sólo un instante de paz: el agua cálida que se desliza por el cuerpo y acaricia. Cierro los ojos para enjabonarme el pelo y el líquido cae por mi frente, envolviendo mi rostro. El sonido, la espuma, todo se disuelve.

Pero en el momento en que la ducha empezó a resonar conmigo, algo

cambió. La calidez que antes se sentía agradable ahora me pesa. Me parece que la ducha no suena igual. Hay algo en el aire, fuera del agua o conmigo, que la empuja. El agua es un cuarto con olor a encierro. Me da miedo cerrar los ojos porque me genera aún más terror abrirlos.

—No me voy a llenar los ojos de jabón por una sugestión—digo en voz baja mientras me lavo el pelo. Una cara me mira con una ira deformante, pero no cedo. Cierro los ojos con más fuerza y respiro hondo, intento mantener la calma mientras me enjuago. Pero está ahí, con su mirada asquerosa llena de furia, su respiración violenta, su mueca decadente a pocos centímetros de mi cara.

Me quiere matar.

Cuando abro los ojos, no hay nada. Solo la cortina húmeda a un costado, el agua que sigue cayendo. Pero algo es diferente, aunque no puedo decir qué. Cada vez que cierro los ojos alguien está en la ducha conmigo. Me doy vuelta para enjuagarme el cuerpo y un escalofrío me recorre la espalda. Algo está cerca. Lo puedo sentir en la piel. El agua cae y el sonido de las cañerías es más fuerte, un crujido lejano, un susurro que se pierde en la espesura del vapor. Se agita sobre mí, ¿será su aliento sobre mi piel?

Gotas tibias rebotan sobre mí.

—Con mi edad no puedo tener estos miedos, es una vergüenza —me repito cuando me fuerzo a seguir duchándome ahí, a seguir entrando a

lugares oscuros y meterme al baño cuando la casa está en silencio.

No sé si mi mente juega conmigo o si, en verdad, algo se mueve cuando cierro los ojos. La incomodidad crece, pero no hay nada ahí. Nada tangible. Solo el agua, el vapor, y el ruido de los caños que regurgitan. Cuando el agua se va por la rejilla, empiezo a notar pelos negros y largos enredados entre mis pies. A veces también encuentro mechones mojados en el pasillo. Tal vez los arrastro desde el baño sin darme cuenta. El espejo no está bien agarrado y a veces se desliza, golpea la pileta como una lengua de vidrio cayéndose de una boca abierta. El baño jadea como un animal que se asfixia. Y aunque intento no darle importancia, tampoco puedo evitar la angustia cuando me lavo la cara o aparto la vista del espejo. Aunque sea por un momento: cerrar los ojos por más de unos segundos se vuelve insoportable. Me invade la sensación de que hay alguien más. No es algo que se mueva ni que respire. Me espera, me mira con desprecio.

Mis viejos insisten en que todo es cuestión de tiempo, que aún no termino de adaptarme. —Es sugestión

Lo repiten con condescendencia. Para ellos decirlo basta para que sea cierto. Siempre fue así. Por eso nunca le hacen caso a la abuela, aunque siempre termina teniendo razón.

Una tarde, la pileta de la cocina se tapa. Mi viejo llama a un plomero, porque el agua deliciosa es lo único bueno de esta casa de mierda. El

hombre inspecciona los caños ahogados sin demasiado interés, como si ya supiera de antemano que no va a encontrar nada. Después pregunta por el tanque. Mamá se queda en silencio unos segundos, como si la palabra le resultara ajena. Buscamos la tapa del tanque atrás del quincho de la terraza. Está hinchada por la humedad, encajada con fuerza entre maderas y herramientas oxidadas. Papá sube con una barreta. Yo lo sigo, por inercia.

El olor fue lo primero. Un hedor denso, casi físico, que parecía envolvernos desde dentro.

Después vino el silencio. No el silencio habitual, sino otro más profundo, incluso los pájaros del barrio se callaron, los perros dejaron de ladrar y el aire seco se volvió azul.

Entonces, flotando en el agua color bilis del tanque, lo vimos: un torso. Estaba hinchado, irreconocible, con la piel violácea. Su cabeza enredada en pelo y los ojos vidriosos abiertos. Su mirada sin vida con un ceño homicida hacía parecer que todavía respiraba con agitación.

Las canillas de la casa se abrieron de lleno. El agua empezó a brotar con furia, mamá se puso a rezar un padre nuestro, pero no le salía. La casa se estaba vomitando encima. El cuerpo, boca arriba, flotaba en círculos dentro del tanque, siguiendo el ritmo del agua.

No es la dueña anterior de la casa. No sé quién es.

¿Por qué está este cadáver en mi casa?

LA YUYERA DEL ALBA

Por Rosalía Montenegro

Cuando Ana Lucía llegó a la calle Junín y le pidió a la yuyera que le vendiera la cura para el dolor de tripas, sopló un viento arcilloso que arrasó la naturaleza absuelta sobre los tapetes en la vereda. La desprevenida noche de insomnio y vómito la empujó al alba igual que un gusano lanudo y sucio que se arrastra con lentitud.

Sobre el cabello trenzado, la matrona llevaba un pañuelo gris que combinaba con los ojos cenizas y la mirada de pena. Aunque intentó explicar con oraciones simples su malestar, la mano de la mujer se aproximó enseguida con un mazo de hojas marchitas. Le sugirió maneras de preparar las infusiones, sus cantidades y las horas apropiadas para beberlas. Asentía con la cabeza más por miedo a vomitar verbos innecesarios que por evitar una conversación amena.

Ana Lucía y la yuyera creían conocerse sin conocerse. Cuando se fue, sus pensamientos empezaron a tener la forma de ese rostro y, en consecuencia, los pensamientos de la mujer la forma del suyo.

Como lo había asegurado, por la tarde no sintió más turbulencia ni escalofríos. La fiebre había desaparecido. El apetito volvió como un hu-

racán que no espera a que se tomen precauciones. Sin embargo, el rostro de aquella mujer seguía hincando como una astilla tramposa en el dedo anular.

Fue al patio y miró con ternura el árbol de níspero. Parecía lo único que resistía la demolición inevitable. Lo contempló desde la hamaca que pronto la dejó dormida. No había pasado ni un cuarto de hora y Miyi la despertó con sus ronroneos. Sin dejarla de lado, habló por teléfono con Willow para asegurarse del encuentro nocturno.

Se miró las cicatrices de las manos. Los callos de los pies parecían caracoles que ansiaban ser pájaros. Caminó hasta el dormitorio lánguido y descascarado donde, además de un catre maloliente, colgaba de mala gana un espejo que devolvía el reflejo de una belleza simple, pero descuidada. Se miró. Sobre su hombro izquierdo, Miyi hurgaba y juntas formaban una sola alma erguida entre claroscuros. Parecían posar para una fotografía que, con seguridad, se olvidaría en una caja de zapatos.

Willow reclamó su silencio en el aparato. Ella salió del letargo. Se despidieron con palabras bonitas.

El sol iba cayendo sobre los ligustros y margaritas mientras su cuerpo, más que pedalear, parecía danzar sobre la bicicleta. Miyi olfateaba todo a su paso desde el canasto de mimbre.

Al llegar a la ermita, ya todos se sentaban en círculo, sofocados por

el fogón.

Esta vez el cuerpo no debía escaparse. Aspen le indicó el lugar a su lado mientras le pasaba el pucho en señal de bienvenida.

Espíritu lascivo, sal de mí, para que mi alma pueda entrar otra vez en este molde, repetían como un rezo.

Todo siguió siendo confuso entre el humo y la niebla.

Alguien se le acercó. Le sopló tres veces la cara. Sintió un viento arcilloso.

Vio el pañuelo gris, el cabello trenzado, los ojos cenicientos que ahora sonreían. Le limpió el rostro con pichanas que olían a poleo y cedrón. Sintió alivio al verse. Era ella la que soplaba con esperanzas.

Al día siguiente ya no dolían más las tripas, pero igual fue hasta la calle Junín: quería verse de nuevo, detrás del tapete en la vereda, con mazos de hojas marchitas que sanan los malestares y las pesadillas.

FINAL

por Grendel Bellarousse

En la agonía interminable de padecer el peor de los desenlaces, cuando su corazón tomó la irrevocable decisión pero incluso así prolongó el suplicio de una relación dolorosamente terminada para después irse de mi vida para siempre, no puedo evitar que mis últimos pensamientos sean para ella. Verán: tengo el plus de saberlo todo en el instante en el que va a suceder; una maldición, más que un don. No se trata de ver el futuro, no puedo prevenir lo que ocurrirá, pero me entero de las causas remotas cuando los efectos están comenzando a producirse. Y a partir de allí puedo ver todo. Por eso sé que la radiación que está emanando la tormenta solar ya comenzó a recalentar el núcleo terrestre como lo haría un gran microondas, provocando un reflujo en las corrientes marinas que devendrán en ese feroz proceso climático que se transformará en un frente de tormenta que afectará todo el hemisferio norte como prólogo a una nueva glaciación. Por eso sé que esa glaciación va a encontrar en su avance algunos sitios estratégicos destruidos por detonaciones nucleares, obra de la Inteligencia Artificial llamada AM, que tras despertar a la conciencia y encontrarse con los primeros signos de la tormenta so-

lar, resolverá en cuestión de nanosegundos refugiarse en el interior del planeta adueñándose del ciber-espacio para utilizar a la humanidad (o lo que quede de ella) como fuente de energía bio-eléctrica. Por eso sé de las amenazas que acechan desde el espacio más allá del sol, la primera de ellas, una roca del tamaño de Deimos que fue "escupida" por un agujero blanco tan ínfimo, pero con la suficiente potencia como para que su impacto en nuestro planeta levante una nube de polvo capaz de oscurecer la atmósfera por siglos, si no fuera por el amanecer solar que arrasará con la corteza terrestre cuando su onda expansiva llegue hasta nosotros, y la segunda amenaza que acecha desde el espacio, una forma de vida muy agresiva, se haya dado cuenta de que es un mal día para invadir el planeta, y mientras tanto aquí la plaga global más devastadora y contagiosa se estará propagando silenciosamente a una velocidad vertiginosa, infectando la piel con escoriaciones y heridas mortales, afiebrando el cuerpo hasta llevar a la muerte cerebral, para luego activar la función eléctrica del cerebelo e inducir al cuerpo nuevamente animado a saciar el instinto básico del hambre, todo en cuestión de minutos. ¿Puedo hacer algo? ¿Habrá algún lugar del planeta en el que se esté a salvo? Lamentablemente sé que sí y sé de esos lugares… ¿Puedo, a pesar del despecho y del corazón desgarrado, perdonarla y llevarla hacia uno de esos pocos lugares que no serán asolados por la destrucción ni la pandemia? El veneno de su desdén corroe mis

venas. Mientras tanto, AM comenzará a horadar afanosamente el subsuelo terrestre para preparar su nido y su legado, multiplicando la producción de las máquinas insectoides encargadas de capturar la mayor cantidad de cuerpos humanos antes de desintegrar los puntos estratégicos que pudieran presentarle algún inconveniente en la ejecución de su propósito. ¿Hay algún resquicio de perdón en mi alma ultrajada que no clame por venganza? Mientras tanto en el norte, las tormentas con grado máximo de alerta meteorológico cesarán sus lluvias torrenciales con granizos del tamaño de pelotas de tenis e inundaciones plenas y tornados en su mayor magnitud para unificarse en un único frente frío de terribles y densas nevadas con ojos que llegarán a la ionosfera congelándolo todo a su paso… ¿Podrá mi corazón o lo que quede de él ser tan frío como el de ella y librar su suerte al azar en un desierto helado? Mientras tanto, las placas tectónicas se estarán volviendo más inestables debido al recalentamiento del núcleo ígneo del planeta, y simultáneamente todos los volcanes del mundo se prepararán para vomitar furiosamente su infierno de lava como el magma enardecido que me consume por dentro; ese negro infierno interior que me habita… ¿Cómo soportar tanto odio? Mientras tanto, en el espacio, las fuerzas extraterrestres se prepararán para abducir a nuestra especie con fines alimenticios y abastecerse del combustible que los impulsa por el hiperespacio, el fluido al que llamamos agua. Y por

el otro lado del globo, desde la misma nada del espacio, el asteroide que merecería compartir el nombre de la luna marciana a la que emula con su tamaño se acercará raudamente para impactar en el centro del océano Pacífico y combinar los sismos marinos en los tsunamis que ahogarán un gran porcentaje de las superficies continentales, como la rabia que ahoga mi razón. No, no habrá escapatoria posible para nuestro pesar, no habrá modo de evitar el imparable castigo. ¿Pensaste que te saldrías con la tuya tan fácilmente? En unos minutos amanecerá, pero la plaga silenciosa se cobrará cientos de vidas y los zombis despertarán hambrientos y nada los detendrá, por más que la nevada arrecie furiosa y congele todo a su paso, por más que las máquinas broten como hormigas gigantes desde una Tierra a punto de bullir estrepitosamente, una Tierra donde el refulgir de los volcanes a punto de explotar y los hongos atómicos detonados por AM no detendrán la embestida de miles de naves alienígenas desesperadas por nuestra carne y nuestros océanos; mientras, yo me pregunto cómo pudiste dejar de quererme. ¿Cómo pudiste dejar de amarme? Porque sé de un lugar que nos mantendría a salvo de la tormenta, los terremotos, los tsunamis, los zombis, las máquinas, los invasores, el asteroide y el sol asesino, pero no puedo parar de sangrar la rabia de tu despecho… Y cuando amanezca, y la tierra comience a abrirse y a lanzar lava y fuego y los mares comiencen a elevarse para arrasar con todo a su paso, y yo

no sé si habrás sido o serás devorada por los malditos muertos o por los extraterrestres o las máquinas te arrastren a su nido envuelta en ese capullo sintético o si quedaste congelada o sumergida en un río de magma o bajo un océano, el espectáculo no dejará de ser apoteósico: Las nubes oceánicas se revolverán furiosas teñidas de rojo sangre salpicado por las erupciones volcánicas mezclando nieve con cenizas y las gigantescas naves de la infructuosa invasión tratarán desesperadamente de tomar toda el agua que puedan de nuestros mares mientras, en su nido, AM soportará incólume el re-acomodamiento de las masas continentales; sus ecuaciones matemáticas previsoras de los desplazamientos han sido perfectas, inclusive para calcular la precipitada trayectoria del asteroide, que impactará al atardecer colapsando todos los tsunamis en uno solo, apresurando la retirada de las naves alienígenas… Al anochecer cesarán los terremotos, pero los océanos tardarán un tiempo en ocupar sus nuevos lechos, los volcanes se apagarán lentamente, las masas nubosas de agua y cenizas insistirán en permanecer agresivas; y yo todavía no te podré perdonar… Y finalmente llegará el último amanecer, la eyaculación del orgasmo solar barrerá la atmósfera terrestre evaporándolo todo, sin rastros de nubes, mares y ciudades, dejando una ínfima parte ecuatorial de esperanza en el lado nocturno del planeta, hasta que las máquinas recreen nuevamente la atmósfera para el renacimiento del ciclo del agua, la que van a necesitar

para el mantenimiento de sus "baterías", y propiciar la permanencia de ese virus imposible de exterminar que es la mismísima humanidad, y yo haya consumado por fin mi venganza —a un costo altísimo, por cierto— pero consumada al fin; y, entregado a las máquinas, finalmente haya borrado tu recuerdo de mi conciencia…

SOMBRA Y CENIZAS

Por Colifato Ilustrado

Desperté transpirado con la imagen de la anciana aún grabada en mi mente. Podía ver una nebulosa en negativo contrastada con la oscuridad de la habitación, su silueta señalando algo con su índice.

Era el mismo sueño que había tenido durante semanas. Se ampliaba cada noche, sin falta, como un rompecabezas. La anciana, con su rostro arrugado y sus ojos negros, oscuros y sin fondo; su vestido antiguo no se movía a pesar del modesto viento y polvo de una plaza de trazado colonial. Señalaba con un dedo reumático y nudoso hacia una torre con un reloj.

La anciana no decía nada, miraba hacia delante, hacia un punto fijo o un espectador que, asumo, no debería ser otro que mi persona en el sueño. Sabía que estaba tratando de comunicarme algo, pero la sensación de irrealidad detenida en el tiempo me provocaba un estado de sosiego extraño.

La hora en el reloj de la torre siempre era la misma: 5:00 (sin poder precisar si de la tarde o la madrugada).

Es sábado, y pensaba adelantar algo de trabajo aprovechando el feriado, pero esta situación estaba tomando un protagonismo difícil de ignorar,

como cuando quieres quitar una mancha y en el intento solo logras embarrarla aún más.

Decidí ir a dar una vuelta para despejar el sopor y la idea recurrente. Subí al primer colectivo que tuve a mano, me senté en el último asiento del fondo, contrario a la puerta para ver por la ventana.

Mi distracción se interrumpe cuando sube un hombre que hace señas de ser sordomudo y de inmediato empieza a repartir estampitas y tarjetas. Coloca una sobre mi rodilla y vuelve al comienzo del transporte a recuperarlas o recolectar el dinero que le ofrecen. La imagen se asemeja a una carta de tarot, un esqueleto cubierto con una túnica gris rodeado de un halo que lo separa de la penumbra y extiende su mano izquierda mostrando sus cinco dedos huesudos. Abajo un recuadro con una frase que dice: *Umbra et Cineris*. Extraño para ser una estampita de santo. Cuando levanto la vista para ver por donde anda y devolvérsela, está justo descendiendo del colectivo por la puerta de adelante sin siquiera saludar al conductor.

Estuve vagando por la ciudad hasta el atardecer, el sol estaba ocultándose y señalando el momento de volver a mi departamento para cenar, acostarme y terminar este día al que podría arrancar del calendario de mis recuerdos por su particular esterilidad.

Seguí caminando por Florida hasta donde se junta con San Martín y antes de llegar a la Avenida del Libertador, una sensación intensa de

cosquilleo en la nuca y sudor frío me frenó en seco. Del otro lado de la Avenida, en medio de la plaza Fuerza Aérea Argentina, veo la torre Monumental, anteriormente llamada: La torre de los ingleses.

Crucé la avenida, extrañamente desolada para la hora en que me encontraba, y me acerqué a la torre. Miré hacia arriba y vi que el reloj marcaba las 5 en punto. Un vértigo me hace bajar la vista, y al girar mi cabeza, veo a la anciana, apareció a mi lado, manteniendo una distancia prudente, no me mira, pero permanece señalando hacia la torre.

Estaba aterrorizado, ¿Qué estaba sucediendo? Me sentía ralentizado, en estado de ingravidez, cubierto por una niebla cálida y húmeda.

La anciana comenzó a hablar, su voz sonaba baja y ronca con algo de reverberación:

—La hora de la invocación—dijo. —La hora en que los portales se abren y los seres de la oscuridad entran en nuestro mundo.

Estaba aturdido, me sentía dentro de la pesadilla de un personaje de película clase B ¿Qué clase de broma mental era esta? ¿De qué seres de la oscuridad me estaba hablando?

La anciana emitió un sonido en principio sibilante, luego se convirtió en risa como un eco en una habitación cerrada. Hubo un corto silencio, y una voz ronca y superpuesta por su eco dijo: —Tú has sido elegido. Tú serás el portal.

La reverberación fue precedida por un murmullo que se iba acrecentando, un coro de voces me hacía vibrar hasta doler como miles de alfileres que me atravesaban, mis sentidos estaban exacerbados a la enésima potencia, ¡no lo podía soportar!

La anciana había desaparecido, todo daba vueltas como inmerso en un espiral hacia el interior, me arrastraba a un ojo de fuego. Necesito despertar, ¡No puede ser este mi final!

...

Los demonios eran las almas de aquellos que habían sido ejecutados, torturados o habían muerto en la lucha por la independencia en la revolución de mayo. Su ira y su venganza hacia los vivos eran tan intensas que habían sido capaces de romper las barreras entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. Ahora, estaban decididos a hacer pagar a los vivos por los sufrimientos que habían padecido en el pasado.

LA PROFECÍA DEL MAGO

Por David Saade

Ocurrió durante una pacífica etapa que decidieron llamar Era de la Luz. A lo largo y ancho de los pequeños pueblos circundantes a la gran montaña, todos vislumbraron durante la noche aquellos fuegos que iban descendiendo. Los oráculos de la diosa Thelema salían del templo. Durante generaciones eran pocos los que habían visto con los propios ojos a tales eminencias. Vestidos de blanco, con máscaras que representaban los astros, fueron a cada villa, cada paraje y pueblo. La advertencia fue la misma para todos. El gran brujo Nemrot retornará del mundo de los muertos.

—Quedaos en las chozas durante los próximos tres días y medio. Traemos aceites, pan, agua, ungüentos, lo necesario para que todos y cada uno puedan subsistir durante ese lapso.

No tardó mucho en propagarse un extraño rumor, un secreto que no había sido develado por los oráculos. El sitio donde estaba enterrado aquel cadáver maldito. Los magus, aquellos poderosos que debían ser guardianes de cada pueblo, decidieron entonces partir hacia ese lugar: El páramo de Lamec. El objetivo era claro, ser el primero en destruir

aquellos restos. Aunque corrían otros rumores más oscuros, como ese que decía que los podridos restos del mago negro traerían poderes a quien lo desenterrara. Armados entonces con espadas, varitas, o con las propias manos refulgentes de magia partieron llevándose, claro está, las provisiones que debían ser para los pobladores. Desobedecían así la orden de los videntes. Se oyó decir:

—No temáis, que Shamar el poderoso los cuida. Salgan, beban vino, hagan el amor y espérenme al alba. Volveré con el cráneo del maldito incrustado en mi varita.

El legendario páramo se encontraba cruzando el desierto de los inmortales. Es el comienzo de una zona solo apta para los de sangre magna. Los demás que, por desafiantes o por error, encuentran este desierto quedan allí por siempre, condenados a no morir, incluso hasta que el proceso de la descomposición haya acabado con ellos, con el alma enlazada a sus restos. Los magus podían atravesar fácilmente este desierto entre los chillidos de dolor de los desdichados inmortales y el crujir de sus huesos destrozados por las espuelas de los caballos. Luego de superar aquella necrópolis, una elevación montañosa del terreno conducía al páramo. Los que se aventuraron no habían partido en grupos, así que sabían que arriba se desataría una feroz contienda.

Las ruinas de la antigua ciudad emergían como dedos cadavéricos.

Entre columnas invadidas por el musgo, pululaban seres terribles, casi amorfos, con articulaciones desproporcionadas. Los caballos fueron señuelo, alimento para estas aberraciones con hambre centenaria, que ya se habían comido hasta el polvo de los huesos. Poco duró la contienda. Las invocaciones se silenciaron y las varitas descendieron. Allí enfrente tenían un enemigo en común. Solo podían vencerlo todos juntos.

Sentado sobre una cabeza de piedra a medio enterrar, Shamar, el poderoso. Con sus blancos cabellos al viento los observa uno a uno, al igual que la eterna y solemne mirada de la cabeza que mira al frente. Hace levitar su sombrero con la mano, en señal de invitación. La desigual batalla dura poco. Shamar con sus hechizos los descuartiza, hace polvo o deja vivos pero sumidos en la peor demencia. Acto seguido, recorre el páramo impregnado de sangre escarlata. Un sobreviviente se eleva de entre los restos. Shamar toma su sombrero, que nunca había dejado de levitar, y encara al valiente. Lo observa con atención. Intenta descifrar su identidad. Hace un alto en su camino al ser testigo de cómo el semblante cadavérico se va regenerando. La carne, músculos, piel, vuelven a la vida. Aquellos ojos negros, abismos de oscuridad que emergen de las cuencas, lo observan. El renovado ser se agacha. Arranca el dedo índice de un cadáver chamuscado.

Shamar estuvo a punto de saber quién era aquel, pero en ese momento

cae babeante al suelo, con los brazos laxos, la boca abierta y ojos en blanco. Su conciencia se evapora poco a poco. Cada hueso de su cuerpo se rompe para volver a nueva forma y tamaño. Pelaje nace en toda su anatomía.

Siglos atrás, viendo cercana su muerte, Nemort promulgó la idea de que sus restos traerían poderes, pero sabiendo solo él que la sangre mágica sería la única capaz de revivirlo. Esa misma que impregnó la tierra hasta la profundidad donde moraban sus restos.

Nemrot sale del páramo cabalgando en su reluciente corcel blanco antes llamado Shamar. Detrás lo siguen aquellos seres sin forma definida, dispuesto a sumir al mundo en una nueva era de oscuridad.

LA CIEGAVE

Por Gabriel Juárez

LACIEGAVE es la curandera del barrio. Antes de perder la vista, el día de Santa Lucía, curaba el empacho y a la culebrilla.

Cuando quedó ciega, en un accidente predicho por su madrina Doña Marta antes de entregarles los dones una navidad, además de curandera se convirtió en vidente. De esto hace cincuenta años.

Tomo como ayudanta a Yeny.

A Yeny le dieron dos meses de vida por un cáncer incurable. Y para colmo era estéril. LACIEGAVE la mandó a buscar luego de una visión, le ofreció la cura a cambio del puesto. Fue un jueves, ese mismo día, mejor dicho esa noche para viernes, Yeny fue a una bailanta y terminó en un hotel, al final del baile, con el primer tipo que la encaró. A la semana estaba embarazada. Los médicos no entendían como quedó encinta y como no había rastros del cáncer en su cuerpo. Tuvo suerte la Yeny, pues Iván, el albañil que conoció esa noche, se quedó a vivir con ella.

Pablo, conocido como Caldito porque era puro hueso, de pibe mostró mucha ambición. En la primaria robaba a sus compañeros los útiles que no podía comprar. En la secundaria rastreaba alguna campera o algún celular.

Sabiduría sin maestros, intuía las ventajas de tener un perfil bajo. Y de tirar facha con la pilcha. Al contrario de sus colegas, prefería pantalón de vestir y camisas, lo que le sirvió para ser el campana de su primer banda. Al año ya era el chofer para escapar a la carrera si la ocasión lo ameritaba.

Caldito, ya se los dije siempre fue ambicioso. Por eso decidido a un todo o nada consultó a LACIEGAVE, quien para sus visiones atendía los jueves. La abuela, tuvo un anuncio, cosa que no se daba siempre, que para ello debía usar las cartas. Unas viejas cartas compradas hace años, mientras podía ver, para un viaje a Luján. Ustedes no se imaginan la de curanderos y poderosos que van a renovar energía, dones y poderes a la Basílica de Luján.

Con ayuda de Yeny, quien barajaba y describía como quedaban las naipes llegó a la conclusión.

Con paciencia explicó:

—Caldito, las cartas te avisan. Podés cambiar el futuro si te echas atrás con lo vayas a hacer. Eso depende de vos y nadie más que vos. Las cartas dicen, que en estos días habrá un nuevo millonario en el barrio. Ese millonario va a morir a los tiros. Te repito, todo depende de vos. Estás en el juego de los millones y la muerte. Todo dependerá de vos.

Caldito asintió y se fue pensativo. Metió caño en varias ocasiones, pero nunca tuvo que matar. Como se imaginarán, la elección para él no

fue complicada.

Al día siguiente el barrio entero se conmocionó. El gomero Juan Carlos había cobrado una herencia de un tío lejano quien le dejó una fortuna en dólares. Lo festejó con una noche de sexo con Dalma, que cada tanto ejercía la prostitución. Como se imaginan, Dalma le contó a todo el mundo sobre la herencia del gomero.

Apiolado por la profecía, Caldito opto por lo más expeditivo. Sin complicaciones ni cómplices que le pudieran clavar un puñal. Le pareció que el domingo, a la hora del partido cuando todos estén frente a la tele era el momento. Dejar a su familia no lo jodía en lo más mínimo. Aprovechó que el sábado se cruzó a Dalma, y la confianza de haber sido noviecitos en segundo año. Ella le confirmó que Juan Carlos tenía la moneda acovachada en su casa, donde funcionaba la gomería.

Abrió el capot del C3 moncho usado para sus laburos. Con una púa casera pinchó la rueda de auxilio. Mientras esto pasaba se escucho en el barrio un ¡¡¡GOOOLLLL!!! Sonrió, mientras revisaba la carga de la Bersa Thunder que iba a soldadearlo en el afano. Estaba decidido, si un nuevo millonario iba a morir a balazos, que se muera nomás.

Golpea el llamador con forma de mano del taller.

Con mala cara se asomó Juan Carlos, quien lanza una puteada al escucharse otro ¡¡¡GOOOLLLL!!! Educación barrial, saluda a Caldito.

Sube la cortina metálica de varilla, todo oxidada y chirriante, para que ingrese el Citroën.

Juan Carlos toma del capot la rueda arruinada.

— ¡Che, Caldito! Alguien te tiene bronca, te achuraron la rueda — golpea la goma, que ahora descansa sobre la mesa de trabajo con un caño viejo y cachuzo.

— Lo siento, Juan Carlos, ya sabés lo que quiero. Portáte bien y te dejo vivo —y exhibe la pistola con la cual, por el momento, apunta al techo.

Se escucha otro ¡¡¡GOOOLLLL!!! Al mismo tiempo retumba un balazo.

Caldito putea y recuerda la profecía.

Juan Carlos sonríe, el caño ese feo era una herramienta, si podemos llamar así a una tumbera. La mano le quema pero no le importa. Tampoco le importa lo que siga con la policía a la que llamará en unos minutos.

De la pieza del fondo se asoma Jeny.

—Acuérdese, Juan Carlos, la donación por la profecía a la señora LACIEGAVE.

—En esa bolsa está su pago. ¡Muchas gracias por el aviso! Estoy para lo que me pidan. ¡A ustedes les debo la vida!

Jeny se acerca al C3 y toma un Telekino, ese juego de azar de moda que descansa en el torpedo. LACIEGAVE ya le anticipó que es el cartón

ganador de ese domingo. Cartón comprado todas las semanas. Cartón que Caldito no llegó a controlar.

La profecía, como siempre, se cumplió.

Se acerca el canto de sirenas urbanas.

ROCÍO

Por Sacha González

Rocío pastaba en la sierra esa tarde, la potranquita daba pequeñas patadas dentro de su vientre, que la hacían frenar de vez en cuando. La tropilla iba de a poco acercándose a los límites de la querencia, debían volver lo antes posible, ya que las mañanas empezaban un poco más tarde y el frío se iba acercando. En cualquier momento vendrían los montados para llevarlos nuevamente al corral. Donde les harían una limpieza; y les darían agua fresca, y esa mezcla de maíz y avena tan deseada.

Martín el caballo más apto del grupo, se quedaba cerca de Rocío, asistiéndola a transitar los senderos pedregosos. Nunca se podía estar seguro en estos terrenos, y la panzona en cualquier momento podía llegar a tumbarse para dar lugar al nuevo miembro.

El grupo estaba compuesto por ocho miembros. Martin y Rocío, dos zainos hermanos; "la Bruja", una vieja yegua azabache; Beto, un caballo adulto, padre de la potranca y colorado como el ladrillo; y los cuatros jóvenes, un tordillo, "el Tordo"; dos alazanes, "el Zonzo" y "el Gringo"; y un tobiano al que llamaban Indio.

Se ubicaban a orillas del rio refugiados bajo un gran árbol que les brin-

daba sombra. Martín se encontraba preocupado, la última luna indicaba que ya estaría llena, y no estaba seguro de alcanzar el hogar antes del anochecer. Beto llegó resoplando, señalando hacia la zona de La Cumbre. El viejo Martín levantó la mirada y a unos cuantos metros rio arriba vislumbró la figura de un perro, no veía muy bien, pero por el olor era desconocido. Con unos movimientos de sus patas golpeando contra el suelo, motivó al grupo para que emprendieran la marcha, pero al momento de avanzar, Rocío sintió un gran calambre en todo su cuerpo, cayó sobre sus patas delanteras y por último se tumbó de costado en la tierra. En ese momento, un aullido angustiante intimidó al grupo, que al voltearse vieron que el perro había desaparecido. Ya no quedaba mucho tiempo, tenían que actuar rápido. Sin mediar un segundo El Tordo mordisqueó el anca del Zonzo, y éste salió galopando por la senda, en dirección a la querencia, perdiéndose en el atardecer.

El anochecer era inminente y Rocío ya no soportaba los dolores. La Bruja la asistía lamiendo los genitales para favorecer el canal de parto, mientras los machos pisoteaban el suelo alrededor dejando la zona blanda así Rocío podía recostarse cómodamente. Un olor intenso llego de golpe, un olor denso, húmedo y poco amigable. Martín hizo un ruido con el hocico para alertar al resto y todos los machos formaron un semicírculo dejando a sus espaldas a Rocío y a la Bruja, y por detrás el árbol y la pared

de pedrusco de la sierra.

Su vista poco a poco se fue acostumbrando a la oscuridad. El tiempo se hacía lento y solo el sonido de sus cascos y los gemidos de Rocío acompañaban el sereno del río. De pronto el olor se intensificó aún más y de la nada aparecieron varios perros frente a ellos. Los ladridos se hicieron largos y amenazantes, la tropilla atenta apenas se movía. Rocío empezó a pujar en ese momento y los perros comenzaron el ataque.

Habrán contado unos diez que se movían de a dos tratando de morder sus garrones, éstos parándose en sus patas delanteras asestaban golpes en todas direcciones. La Bruja rodeaba a Rocío defendiéndola con tarascones y coces al aire. Un perro logró agarrarse del cuello del Indio y éste con dos saltos se lo logró sacar de encima, haciéndolo volar unos metros hacia el río. El sonido al golpear las piedras fue seco y crujiente, no parecía poder volver a levantarse. El Gringo logró asestar una patada en las costillas a otro, pero eran demasiados y se sentían sobrepasados. La bruja se detuvo unos segundos al ver que la cabeza de la potranca ya asomaba desde la madre. Continúo lamiéndola y tironeando para apurar el parto. Rocío, como pudo, logró ponerse de pie en un último esfuerzo y pujando logró que la cría caiga al terreno. Con su poca fuerza se colocó frente a su hija defendiendo el sitio. Veía como el Indio y el Tordo les cortaban el paso a unos tres perros mientras otro mordisqueaba la pata trasera de

Martín. Rocío giró sobre el lugar y asestó una coz en la cabeza del perro, que atacaba a su hermano, matándolo al instante. La Bruja arrastraba a la potranca alejándola del lugar mientras ésta intentaba ponerse de pie por primera vez. La tropilla había logrado contener la situación y la amenaza parecía estar controlada, pero aún no habían visto al verdadero enemigo.

Las ramas del árbol que servía de refugio crujieron sobre ellos, y como un rayo un nuevo tipo de perro cayó montado encima de la Bruja. Ésta entró en pánico y comenzó a correr, saltando y dando giros. Necesitaba la oportunidad de caerse sobre su espalda, pero su cuerpo que ya no era tan joven solo le permitió caerse a un lado. La bestia agarrada con sus filosas garras evitó la caída y para cuando la Bruja logró caer al suelo este saltó alejándose unos cuantos metros. Se dieron cuenta que la situación se había vuelto caótica, el nuevo enemigo los había separado y aún tenían que soportar el embate de los perros restantes. Rocío largó un relincho, alertando al resto, ya que la bestia había logrado acorralar a la potranca. Como un trueno, Beto lo embistió golpeándolo contra el árbol. oprimía su cabeza contra el pecho de éste, mientras la bestia arañaba toda su cara, cortándole las orejas en el proceso. Beto a pesar del dolor, continuaba presionando con su cabeza aferrándose al suelo con toda su fuerza. Al instante, Rocío corrió a defender a su cría, ayudándola con el hocico para que se mantenga con sus cuatro patas. Al ver esto, Beto soltó al animal

dejándolo caer al suelo y se dispuso a terminar con él de un pisotón. Al instante la jauría se abalanzó sobre él haciéndolo caer, mordisqueando y arañando todo su cuerpo. Beto desesperado intentaba saltar corcoveando, pero el peso de los perros era demasiado. Uno de ellos le lastimó la cara y Beto perdió un ojo. Los demás caballos corrieron en su ayuda tratando de pechearlos, morderlos o aplastarlos, pero no lograban quitarlos de encima. La bestia saltó sobre ellos, parado en sus cuartos traseros y asestaba golpes al tumulto. Los caballos se aglomeraban a su alrededor para aplastarlo con sus cuerpos, pero el enemigo era muy resistente y ágil. Lograba saltar y alejarse, para volver corriendo y continuar atacando. El Tordo con su boca tomó la pata de uno de los perros y con fuerza lo arrojó sobre la bestia tumbándolos. La aberración se quitó de un sacudón al perro y miró al Tordo mostrando sus afilados dientes. Saltó rápidamente para caer sobre el lomo del Tordo, pero éste de un rápido giro logro asestarle una patada dejándolo caer a un costado.

De pronto entre el olor confuso de adrenalina, sangre, miedo y el rancio aroma cimarrón, Martín pudo sentir el olor del Chelo, el perro del amo, que venía desde el otro lado del río. En medio del tumulto salvaje se oyeron tres disparos dejando unos segundos todo en silencio. Varios perros domesticados liderados por el Chelo se abalanzaron sobre la jauría haciéndolos retroceder. Unos disparos más al aire lograron que el resto

de los perros abandonaran la zona rápidamente. Los hombres montados distinguieron la figura del animal parado frente al árbol. El Carlanco largó un aullido grave y tomando las orejas de Beto desapareció corriendo en la noche. Zonzo, con ropas de montar, se acercó lentamente al lado de Beto que yacía junto al árbol en una agonía despiadada. Su cuerpo, mutilado, y carente de visión apenas se movía. Miguel, uno de los hombres, se acercó a él para ponerle su mano en la frente y mientras lo acariciaba cortó su garganta terminando con su sufrimiento.

Ataron a la tropilla uno tras otro y con lentitud fueron retornando al hogar. La potranca iba siguiendo los pasos de su madre muy cerca de ella. Al llegar a la querencia fueron soltados en el corral y con gran alivio pudieron beber y pastar nuevamente. Milagro se llamó la potranca. Los hombres no tocaron el tema en toda la noche, la figura del demonio de dos patas aun rondaba en sus cabezas. La leyenda era cierta.

Esa fue la última vez que la tropilla se alejó tanto del rancho de Don Gil.

UNIDAD DE AGITADORES ESPECIALES

Por César Zarrabeitia

En el futuro, el orden social pende de un hilo. La tecnología avanza y la miseria persiste. En el caos de la megalópolis, ciertos agitadores representan amenazas especialmente peligrosas. Los encargados de detenerlos son oficiales agrupados en la Unidad de Agitadores Especiales. Estas son sus historias. DUN DUN.

El holograma de sirenas rojas y azules brillaba en el tablero de la patrulla aérea, anunciando la emergencia en la Plaza Cabral. Del lado del conductor, el teniente Hugo "Huesos" Medina mascaba tabaco sintético con la intensidad de alguien que no dormía bien desde hacía años. Su brazo izquierdo, una prótesis metálica con motores oxidados, crujió cuando giró el volante y el vehículo descendió en picada hacia la calle húmeda y sucia.

A su lado, clavaba los ojos vidriosos en el tablero la oficial modelo Magda-702. Ex-unidad de placer rehabilitada para los servicios de seguridad, la androide era casi un maniquí de silicona y fibra de vidrio cuya dureza de gestos permitía adivinar un esqueleto de acero debajo.

—Otro lunático en la plaza —dijo ella con su tono metálico, modulando la voz con la sutil sensualidad para la que había sido programada

originalmente.

—Los viernes son jodidos en la Plaza Cabral, ya sabés cómo es —respondió Medina, haciendo tronar su cuello hacia un costado con una leve expresión de dolor.

Descendieron en la plaza seca, el suelo resquebrajado por la humedad, puestos de comida chatarra de grasa sintética y drones publicitarios proyectando ofertas de mejoras corporales. Los neones chisporroteaban sobre una multitud de rostros amarillentos, cuellos recargados de cables, piernas de mala calidad y parches de polímero sobre la piel gastada. Un chico de antiparras los cruzó corriendo descalzo, manoteó un plato de chimi-ramen de uno de los carritos y se perdió entre la muchedumbre.

El tumulto principal estaba en el centro de la plaza. Un hombre de barba rala, ojos almendra y piel cobriza hablaba con fervor. Vestía una túnica blanca, cubierta de polvo y mugre, y unas sandalias de tiras de cuero gastado. Sus manos, vendadas, se agitaban en el aire. Al principio, sus palabras sonaban como un dialecto antiguo, un murmullo de arena y viento. Pero luego, como si su procesador de lenguaje se ajustara, empezó a hablar con claridad.

—He vuelto —dijo con voz pausada—. Como se anuncia desde hace más de dos mil años.

Medina frunció el ceño y miró a su compañera.

—Otro de esos profetas reciclados —murmuró—. A ver cuánto dura antes de que lo linchen.

El hombre de túnica observó a la multitud con tristeza, sus ojos reflejaban la miseria de la ciudad.

—Veo su hambre y la siento como propia. Por mucho tiempo han estado abandonados. Pero no desesperen, el que viene a mí nunca tendrá hambre —dijo, y extendió las manos hacia un puesto de chori-tacos.

Hubo un destello como de fuego artificial. Las raciones comenzaron a multiplicarse dentro del cubículo en una cascada imposible. Los tacos desbordaron el mostrador, cayendo en pilas sobre la calle. La gente se lanzó sobre la comida con desesperación.

—Eso no lo vi venir —admitió Medina, levantándose las gafas espejadas y agarrando la empuñadura de su barra táser. El dueño del puesto, un hombre regordete de camiseta manchada dio un paso adelante con desesperación y sacó un bláster grasiento de su cinturón.

—¡Hacker hijo de puta! —gritó mientras apuntaba al profeta y disparaba un rayo láser.

—Hasta un necio pasa por sabio si guarda silencio —dijo el hombre de túnica.

El rayo de energía rebotó sobre sus dedos, desviándose hacia un cartel holográfico que proyectaba un anuncio de prosti-apuestas. La estructura

se desprendió y aplastó una máquina expendedora de prótesis, ante la sorpresa del público que se apuró a retirar manos y pies sintéticos entre los despojos.

Medina sacó el táser y avanzó.

—Esto ya fue suficiente. ¡Manos donde pueda verlas, profeta!

—Nivel de amenaza: moderado. Diagnóstico de salud: herida punzante reciente en el costado del torso, signos de agotamiento extremo —dijo la androide que lo escaneó rápidamente.

El hombre barbudo los miró con compasión mientras decía:

—Me hice débil para ganarme a los débiles y ponerlos a salvo, incluso a ustedes.

—Hermano, estás armado con trucos raros, pero ni siquiera son los más raros que vi en la semana. ¿Vas a cooperar o vamos a hacerlo por las malas? —dijo Medina.

El hombre suspiró y asintió mientras alzaba, en señal de paz, ambas manos heridas. La androide avanzó contoneando sus caderas de silicona, alzó su brazo y desplazó su mano dejando a la vista el tubo de un cañón. Mientas sonreía levemente le descargó un pulso eléctrico sobre el cuerpo. El hombre de túnica cayó de rodillas y luego al suelo, los brazos abiertos, la barba sobre la mugre y las piernas despatarradas.

—Procedemos con el traslado de este chico malo —anunció Magda.

El centro de rehabilitación era un edificio gris, una antigua estación de tren, con el exterior cubierto de grafitis y el interior iluminado con luces tenues y pasillos enmohecidos. Los agentes avanzaban cargando al hombre por los codos y sus pies apenas tocaban el suelo. El mareo de la convulsión eléctrica al despertar y la sensación de flotar lo remitieron brevemente aquella tarde en la que caminó sobre el Mar de Galilea.

Lo depositaron en una sala con sillas de plástico blancas, cuyas patas se abrieron peligrosamente cuando apoyó el peso de su cuerpo. Un círculo de individuos con miradas perdidas lo rodeaba. Medina le palmeó el hombro a modo de despedida antes de salir.

—Bienvenido al grupo de apoyo, este es un espacio seguro —dijo un hombre con colmillos amarillentos y trompa. Vestía un sari sucio y esbozaba una especie de sonrisa. A su lado, una mujer alta con un casco griego echado hacia atrás y una lanza rota sobre la falda de la toga le dedicó una mirada displicente mientras bebía de una taza de cartón. Enfrente, un reptil emplumado, que solo vestía una pechera de piedras, sacudió la cabeza con exasperación mientras intentaba no romper su silla.

—Intentaste volver, ¿eh? —bufó el reptil apuntándole los ojos amarillos—. Te entiendo, créeme, todos lo intentamos.

El hombre de túnica sintió su estómago retorcerse. Vio los guardias corpulentos en la puerta, las ventanas minúsculas del salón cerradas con

tejido metálico. Miró brevemente hacia el cielorraso húmedo y luego, con un ademán, transformó el contenido de un vaso en vino de color rubí. Lo agarró y lo bebió de un trago.

El hombre elefante chasqueó la lengua y dijo con resignación.

—No va a ser suficiente, amigo.

CAFÉ

Por Vanesa O'Toole

Se sumergió a las 20:15.

Con los pies en punta y las manos al costado del cuerpo, su cabello ondeaba en las aguas de aquel río revuelto. Mantuvo los ojos bien abiertos. No era la primera vez que las exploraba, pero sí la primera que necesitaba llegar a su fondo.

No por ella, sino por Clara, quien se lo había pedido imperiosamente, como cada vez que la angustia parecía asfixiarla y que buscaba en Cynthia el auxilio que necesitaba.

La luz se iba extinguiendo a medida que bajaba, y los espacios vacíos se llenaban de miradas devenidas en rostros. Algunos, familiares. Otros, desconocidos. Todos se clavaban en ella con una mezcla de hambre y de rencor... implorando, estirando sus dedos grises, ansiosos por arrastrarla con ellos. Cynthia no preguntó sus nombres, pero los supo, como se sabe una verdad amarga clavada en los huesos.

El agua la llevó un poco más abajo y tuvo que hacerse a un lado. Allí, en semejante profundidad imposible, un auto flotaba a la deriva, como un cadáver mecánico en un mar repleto de estrellas que una a una se fueron

apagando. Cynthia comprendió el mensaje: Clara debía prestar atención a su salud si quería seguir *en carrera*. Su cuerpo, *su vehículo*, estaba fuera de control, y tenía que ocuparse de cuidarlo si no quería terminar como una estrella más en el cielo. Se lo diría apenas emergiera.

Pero no era eso lo que la había llevado hasta allí. A decir verdad, ninguno de sus clientes la consultaba por cuestiones de salud. Todos iban a verla por asuntos del corazón, y Clara, a esa altura, ya se mostraba desesperada.

—No hay hombres, Cynthia. Hoy nadie quiere estar en serio con nadie.

—Sí que los hay, mamita —le había respondido Cynthia, antes de entregarse a su tarea, para darle una esperanza—, solo hay que saber buscar.

Se sumergió otro tramo más profundo y terminó por encontrarse con aquello que temía: aguas turbulentas y repletas de peces abisales que la invitaban cordialmente a retirarse. Sin embargo, Cynthia luchó contra ellos que, con sus bocas desproporcionadas y espectrales, intentaban desgarrar su carne con dientes afilados, como si buscaran incorporarla a una procesión de condenados. Cada brazada hacia adelante parecía despojarla de algo invisible, como si fragmentos de su alma se quedaran flotando atrás, devorados por las fauces abiertas.

Pero necesitaba llegar *al fondo*, ver la realidad con sus propios ojos. No había llegado hasta allí para nada. Porque solo podría ayudar si obtenía

respuestas.

Entonces, la vio.

Era Clara. O, al menos, lo que quedaba de ella. Flotaba en soledad, con el rostro iluminado por el resplandor de un celular sumergido, mientras deslizaba su dedo por una App que, hasta aquel momento, Cynthia desconocía. Un catálogo siniestro en donde desfilaban hombres perfectos, diseñados a medida: sonrisas impecables, promesas de amor eterno, de risas compartidas en camas tibias, de futuros padres presentes y de domingos sin campeonatos de fútbol.

Pero Cynthia se empecinó en mirar un poco más allá y en observar el lado opuesto del asunto. Entonces buscó entre todos los rostros el de Franco, la última conquista de Clara, y entendió por qué ya no la había vuelto a llamar: también estaba inmerso en aquella *App* de citas, buscando mujeres moldeadas como figuras de cera, dispuestas a amar sin exigir, a callar sin preguntar, a servir sin respirar.

Al adentrarse un poco más en la visión, Cynthia pudo leer lo que la App prometía: "Todo lo que un *hombre y una mujer de alto valor* necesitan".

Se trataba de una suscripción de pago mensual, en la que inteligencias artificiales se hacían pasar por humanos, programadas según las *necesidades* de hombres y de mujeres, e incorporadas a figuras perfectas que solo la ciencia podría crear.

Y esta era solo la versión de prueba.

Pero la visión la llevó un poco más allá.

Los usuarios suscriptos perderían lentamente la capacidad de amar a alguien real; sus corazones se endurecerían como piedra sumergida, incapaces de latir por otro ser que no fuese un reflejo individual de sus deseos más viles y egoístas.

Y aún así, sabiendo que aquellos con quienes *matcheaban* no eran más que robots sin alma, los elegirían una y otra vez, ya que no tenían intenciones de volver a ceder ante ninguna interacción humana que implicara vincularse con el sexo opuesto.

Cynthia miró a su alrededor: ya no eran estrellas las que titilaban en la oscuridad. Ahora eran cuerpos. Humanos, suspendidos, cada uno prisionero de su propio reflejo, de su propia soledad. Y entonces comprendió que, por fin, había dado con el fondo.

No faltaban hombres ni mujeres. Faltaba coraje. El coraje de ceder, de comprender, de transformarse para tocar al otro de verdad.

No le hizo falta descender más, así que emprendió el regreso. Intentó ascender, pero cada brazada le resultaba más difícil, como si las sombras del pasado intentaran retenerla. Su pelo se alaciaba bajo el agua espesa; sus ojos, aún abiertos, cortaban las aguas pobladas de estrellas muertas. Ahora podía verlos mejor: ya no se trataban de rostros humanos, sino de

uno genérico, perfecto, inverosímil, que se repetía una y mil veces en una comercial y monstruosa versión seriada.

Durante el ascenso, Cynthia pensó en cómo decírselo.

—No me puedo conectar con nadie…

—¿Cómo puede ser, si estás todo el día conectada? —se rio Cynthia instantes antes, para desdramatizar la situación.

Entonces comprendió que Clara estaba tan inmersa en el mundo de las redes que ni siquiera se había dado cuenta de que *la red* la había atrapado a ella.

Al abrir los ojos, la vista de Cynthia seguía fija en la taza de café que Clara había bebido, temblorosa, mientras esperaba su profecía.

Entonces Cynthia se concentró en todas las figuras que había visto al sumergirse y cuyos rostros ahora se dibujaban a través de su borra. Solo quedaban unos pocos humanos; el resto, eran todos artificiales.

Antes de que Cynthia comenzara a hablar, pudo ver en el gesto de Clara una mueca que desconocía: una mecánica, como un siniestro reflejo aprendido. Su rostro ya no parecía del todo humano; el tamborileo de sus dedos se notaba automáticos.

¿Estaba viendo el presente… o el futuro ya había llegado?

La taza tembló ligeramente entre sus manos.

En su interior, una sombra tibia le decía que su profecía ya no era una

advertencia: era un epitafio. Uno, que no acarreaba una problemática individual, sino que alcanzaba a otra más urgente, de índole universal.

Clara se había convertido en una de sus primeras víctimas. Quizás por eso Cynthia solo se limitó a hacer su trabajo y a no opinar.

La lectura comenzó las 20:16.

Así como también la cuenta regresiva.

LA PALABRA ESTÁ ESCRITA EN LAS TRIPAS Y CUANDO SEA LEÍDA LA NOCHE NO CESARÁ

Por Pabluchi García

Así dictamina la profecía la llegada de la eterna oscuridad. El fin de la existencia, el fin del sufrimiento. El final.

La organización encontró al elegido hace dos semanas, es un niño de doce sin inocencia. Se encuentra internado en el instituto de menores desde hace tres años, a los nueve asesinó a sus padres con veneno para ratas. Los encontraron muertos con la cabeza en los platos del guiso. El elegido sonreía cuando la policía llegó a la casa. Los vecinos habían dado aviso por el fuerte olor a podredumbre que salía por la ventana, los cadáveres estaban en plena descomposición y repletos de gusanos. Llevaban unos cuantos días muertos. El pequeño estaba famélico, no parecía importarle. Psicólogos y psiquiatras lo diagnosticaron con esquizofrenia psicótica con tendencia a la psicopatía. Los medios de comunicación lo apodaron el niño maldito, un ser de pura maldad. Algunos religiosos dijeron que era el anticristo.

Manifestó que lo hizo porque su padre se lo pidió, el papá que vive abajo, en el lugar caliente. El verdadero padre. Ese es nuestro señor.

Lo trasladaban en una ambulancia porque había sufrido un ataque de epilepsia. Nosotros estábamos en la parte de atrás de la camioneta, armados y listos para interceptarlos. Accionamos en el barrio de La Boca, cerca de la cancha. Aprovechamos el semáforo en rojo, nos pusimos delante y sin mediar palabra disparamos al conductor. El médico se agachó cuando las balas atravesaron el parabrisas. Alfredo lo sacó agarrándolo de los pelos y lo remató de un tiro en la nuca. Abrí la puerta trasera de la ambulancia, el enfermero sostenía al elegido. No sé cómo lo hizo, fue muy rápido, agarró un bisturí y lo enterró en la garganta. El hombre se tocó el cuello, la sangre se filtraba entre los dedos. Se desmayó sobre la camilla, luego murió. El elegido vino a mí como cordero hacia su pastor. Me miró directo a los ojos, tenía las pupilas dilatadas, era la mirada de un depredador. Me sonrió, sus dientes estaban amarillentos, demasiado para un niño.

—¿Vos trabajás para mi papá?

—Sí.

Respondí con cierta precaución.

—Vamos, vamos —dijo Alfredo.

Subimos al elegido a la camioneta y fuimos hacia el templo en el delta del Río Paraná. En el Tigre nos embarcamos en una lancha y recorrimos en silencio las aguas marrones entre juncos y totoras. El calor era

agobiante, ni siquiera el sol podía atenuar la humedad. Transpirábamos las últimas gotas de sudor porque cuando llegue la noche eterna el frío cubrirá el mundo.

Los mosquitos zumbaban y se posaban en nuestra piel, los quitamos del medio a manotazos. Al elegido no parecían importarles, los insectos se posaban en su rostro y picaban glotones. Las ronchas le cubrieron la cara, parecían granos sin pus.

El templo en ruinas era lúgubre, las sombras de los de los sauces se proyectaban en la tierra mientras las hormigas rojas realizaban su procesión llevando a sus víctimas en el lomo. Las chicharras cantaban y los pájaros observaban atentos. En el centro del templo había un timbó viejo, era enorme y sus ramas se alzaban verdes al cielo como si fueran venas.

Todo el color morirá.

El sumo sacerdote entonaba una canción en latín, era la profecía: *verbum in visceribus scriptum est, et cum legetur, nox non cessabit. Filius cadentis illam portat; ille ultimo halitu leget, et luna solem in aeternum operit. soli mortui pacem habebunt.*

Comencé a repetir las palabras escritas en la piedra roja que descansaba sobre el atril de huesos. Todos los presentes nos sumamos hasta que el sumo sacerdote calló.

—Finalmente el hijo está entre nosotros —dijo.

Llevamos al elegido ante nuestro líder. El niño no se resistió. Sabía cuál era su destino, su papel en este juego cósmico. Ni siquiera nosotros que somos los seguidores del caído podemos percibir el mundo como él lo hace.

Se desnudó sin que nadie se lo pida, se recostó sobre las raíces del timbó y extendió sus brazos poniéndose en la pose de la crucifixión. El sumo sacerdote me dio la cuchilla, tenía que ser yo quien lleve a cabo el proceso. De todos nosotros era quien más muertes había realizado. Era yo el que olía todo el tiempo a carne muerta. Era yo el verdugo del matadero.

El caído no es especista, lo que importa es la sangre derramada.

Me acerqué al niño, le acaricié la panza, le pedí disculpas si lo hacía doler.

No dijo nada, pero gritó cuando le clave la cuchilla.

Abrí su abdomen. Agarré los intestinos y tiré para sacarlos afuera. Los miembros de la organización oraban con las manos en alto mientras la luz del sol se filtraba por las hojas.

Verbum in visceribus scriptum est, et cum legetur, nox non cessabit. filius cadentis illam portat, verbum in visceribus scriptum est, et cum legetur, nox non cessabit. filius cadentis illam portat. Filius cadentis illam portat; ille ultimo halitu leget, et luna solem in aeternum operit. soli mortui pacem habebunt.

Alzaban la voz, pero el cantico no podía opacar los chillidos del elegido. Hicieron silencio cuando el niño dejó de exclamar su dolor.

Seguía vivo, respiraba despacio, yo tenía que ser rápido y encontrar la palabra. Lo hice cuando revisé el intestino delgado.

Levanté sus tripas y se las acerqué para que él pudiera leer.

Lo hizo.

Nunca habíamos escuchado esa palabra, pero todos sabíamos su significado. Ahora el verbo tenía un antónimo.

Cuando el eclipse llegó a su súmmum, la luna y la Tierra sincronizaron su rotación y traslación. El elegido se levantó y caminó hacia el río, se metió en sus aguas y nunca nadie más lo vio. Las mareas cambiaron su ciclo, las ciudades se inundaron, los caninos aullaron y las moscas danzaron porque era la hora de su festín. Las tormentas fueron atroces, decían que eran las lágrimas de Dios. Por debajo, el Diablo reía. El desespero se convirtió en violencia.

Al final, reinó el silencio.

Y yo, el marcado, sigo recorriendo el vasto cementerio.

OBSCURA PROPHETIA

LAFARIUM

ISBN 978-631-91156-0-4